



Voltaire

La Princesa de Babilonia



E LEJANDRIA

Voltaire

La Princesa de Babilonia



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA PRINCESA DE BABILONIA

VOLTAIRE

PUBLICADO: 1768

FUENTE: BIBLIOTECA HISPÁNICA DE LA BNE

TRADUCCIÓN: JOSÉ MARCHENA

EDICIÓN ORIGINAL: BIBLIOTECA PEROJO, 1878, MADRID.

**CORRECCIÓN POR ELEJANDRÍA. SE CORRIGE LA ORTOGRAFÍA
Y SE MODERNIZAN TÉRMINOS ARCAICOS.**

LA PRINCESA DE BABILONIA

§ I

El anciano Belo, rey de Babilonia, pensaba que era el primer hombre del mundo, porque se lo decían todos sus cortesanos y se lo probaban sus historiógrafos. Si algo podía disculpar esta rareza, era que efectivamente, si sus predecesores habían fundado Babilonia más de treinta mil años antes de su reinado, él la había embellecido. Su palacio y sus jardines, situados a distancia de algunas parasangas de Babilonia, ocupaban entre el Tigris y el Éufrates las riberas deliciosas que bañan estos ríos. Se levantaba hasta las nubes su vasto palacio de tres mil pasos de fachada. La terraza estaba rodeada de una balaustrada de mármol blanco de cincuenta pies de alto, que sustentaba las estatuas colosales de todos los reyes y varones eminentes del imperio. Constaba la terraza de dos hileras de ladrillos cubiertas de gruesas láminas de plomo de uno a otro extremo, con doce pies de tierra encima; y la tierra estaba plantada de una selva de olivos, naranjos, limones, palmas, claveros, canelos y cocoteros, que formaban calles impenetrables a los rayos del sol.

Las aguas del Éufrates, elevadas por mecanismos y repartidas en cien columnas huecas, venían de estos jardines a llenar vastas pilas de mármol; y precipitándose luego en otros canales, formaban en el coto cascadas de seis mil pies de largo y cien mil caños de agua que

subían tan alto que se perdían de vista, para luego ir a parar al Éufrates, de donde habían salido. Los jardines colgantes de Semíramis, que muchos siglos después asombraron a Asia, eran una copia mal bosquejada de estos portentos, porque ya en tiempo de Semíramis todo empezaba a degenerar entre los hombres y entre las mujeres.

Lo más maravilloso, empero, que en Babilonia había, y lo que eclipsaba todo lo demás, era la hija única del rey, llamada Formosina. En la serie de los siglos esculpió Praxíteles su Afrodita, y la que fue llamada Venus Calipigia, a imitación de sus retratos y sus estatuas; pero ¡qué diferencia, cielos, del original con las copias! Por eso Belo, su padre, estaba más ufano con su hija que con su corona. Ella había cumplido dieciocho años y era menester casarla con un marido digno de ella; ¿pero dónde se había de encontrar? Un oráculo antiguo había declarado que Formosina no podía dar su mano a quien no hubiese tensado el arco de Nembrod.

Nembrod, el fuerte cazador ante el Señor, había dejado un arco de siete pies babilónicos de alto y de madera de ébano más duro que el hierro del Cáucaso que se fragua en las herrerías de Derbent; y, desde Nembrod, ningún mortal había podido estirar este maravilloso arco. También había declarado el oráculo que el brazo que armase el arco había de matar al león más tremendo y fiero que en el circo de Babilonia hubiese sido lanzado hasta entonces. Y no bastaban todos estos requisitos: el flechero, vencedor del león, había de postrar a todos sus rivales, ser hombre de mucho ingenio, el más magnífico y el más virtuoso de los mortales, y había de ser dueño de la cosa más rara que en todo el universo hubiese.

Se presentaron tres reyes que se atrevieron a aspirar a la conquista de Formosina: el Faraón de Egipto, el Sha de las Indias y el gran Kan de los Escitas. Aplazó Belo el día y el sitio del combate al final de sus jardines, en el vasto espacio que riegan las olas del Tigris y el Éufrates reunidas. En torno del palenque fue erigido un anfiteatro de mármol donde podían caber quinientos mil espectadores. Enfrente del anfiteatro estaba el trono del rey, que

había de asistir con Formosina, acompañada de toda la gente de palacio; y a mano izquierda y derecha, entre el anfiteatro y el trono, había otros tronos y otros asientos para los tres monarcas y todos los demás soberanos que tuvieran la curiosidad de acudir a ver ceremonia tan augusta.

El primero que llegó fue el rey de Egipto, montado en el buey Apis, y trayendo en la mano el sistro de Isis. Le seguían dos mil sacerdotes vestidos de ropajes de lino más albos que la nieve, dos mil eunucos, dos mil magos y dos mil guerreros.

Poco después llegó el rey de las Indias en un carro tirado por doce elefantes, y traía una comitiva más lucida y mayor todavía que el Faraón de Egipto.

El último que se dejó ver fue el rey de los Escitas, que venía acompañado solamente de guerreros escogidos, armados de arcos y flechas. Era su cabalgadura un soberbio tigre que había domado, tan alto como los más hermosos caballos de Persia. La estatura de este monarca, de buena planta y majestuoso, eclipsaba la de sus rivales, y sus brazos descubiertos, blancos y nervudos, ya parecía que iban a tender el arco de Nembrod.

Los tres príncipes se postraron primero ante Belo y Formosina. El rey de Egipto presentó como don a la princesa los dos cocodrilos más hermosos del Nilo, dos hipopótamos, dos cebras, dos icneumones, dos momias y los libros del insigne Hermes, pues creía que era lo más raro que había en la tierra. El rey de las Indias le ofreció cien elefantes, cada uno llevando encima una torre de madera dorada, y puso a sus plantas el *Veda*, escrito de la propia mano de Xaca. El rey de los Escitas, que no sabía leer ni escribir, le regaló cien caballos de batalla cubiertos de gualdrapas y pieles de zorros negros.

Bajó la princesa los ojos ante la vista de sus amantes y se inclinó con tanta modestia como gracia y nobleza. Belo mandó llevar a los tres reyes a los tronos que se les habían destinado.

—¡Ojalá tuviera tres hijas! —les dijo—, que haría en este día felices a seis personas.

Luego hizo sortear quién había de probar primero el arco de Nembrod. Se echaron en un yelmo de oro los nombres de los tres pretendientes, y salió primero el del rey de Egipto, y luego el del rey de las Indias. El rey escita, al contemplar el arco y a sus competidores, no se quejó de ser el último.

Mientras se disponían tan lucidas pruebas, veinte mil pajes y otras tantas hermosas doncellas distribuían con orden refrescos a los espectadores entre las filas de asientos. Todo el mundo decía en voz unánime que los dioses habían formado a los reyes para que todos los días dieran fiestas, con tal que no fuesen monótonas; que la vida es muy corta para que la empleemos en otra cosa; que los pleitos, los enredos, las guerras y las disputas sacerdotales en que se gasta la vida humana son cosas muy horrorosas y absurdas; que el hombre nació para disfrutar; que si así no fuera, no tendría tanta y tan duradera pasión por los deleites; que la esencia de la naturaleza humana es la alegría y que todo lo demás es locura. Moral excelente que solo los hechos han desmentido siempre.

Cuando se iban a empezar las pruebas que habían de decidir la suerte de Formosina, se presentó en la barrera un joven desconocido con un criado, ambos montados en dos unicornios, y el joven traía sobre la muñeca un pájaro grande. Se pasmaron los guardias al ver con este traje a un mozo que parecía una deidad, porque tenía, como después han dicho, el rostro de Adonis sobre el cuerpo de Hércules, hermanando la gracia con la majestad. Eran negras sus cejas y rubios sus largos cabellos, mezcla de hermosura no conocida en Babilonia y que embelesó a toda la concurrencia. Se levantó todo el anfiteatro para mirarle más a su sabor, y todas las damas de palacio clavaron atónitas en él los ojos; hasta Formosina, que siempre los tenía bajos, los alzó y se puso colorada. Se asustaron los tres reyes, y todos los espectadores, comparando a Formosina con el desconocido, clamaban:

—Solo este joven en el mundo es tan bello como la princesa.

Maravillados los ujieres de palacio, le preguntaron si era rey. Respondió el extranjero que no tenía tanta honra, pero que había venido de países muy remotos para ver si había reyes dignos de Formosina. Le introdujeron en la primera fila del anfiteatro con su escudero, sus dos unicornios y su pájaro; hizo una profunda reverencia a Belo, a su hija, a los tres reyes y a toda la compañía, y luego se sentó con mucha modestia: los dos unicornios se echaron a sus pies, su pájaro se le posó en el hombro y su escudero, que traía un saquito, se puso a su lado.

Empezaron luego las pruebas. Sacaron de su caja de oro el arco de Nembrod. El primer maestro de ceremonias, acompañado de cincuenta pajes y precedido de veinte trompetas, se lo presentó al rey de Egipto, que mandó a sus sacerdotes que lo bendijeran; apoyándolo en la cabeza del buey Apis, no dudó alcanzar este primer triunfo. Bajando luego en medio de la arena, lo prueba, pone todas sus fuerzas y hace tales contorsiones que el anfiteatro suelta la risa, y la propia Formosina no puede menos que sonreír. Se acercó entonces a él su capellán mayor y le dijo:

—Renuncie Vuestra Majestad a ese fútil honor, que no es otro que el de los músculos y los nervios, y persuádase de que saldrá triunfante de las otras pruebas. Venceréis al león con el alfanje de Osiris que poseéis; la princesa de Babilonia ha de ser del príncipe de más ingenio, y vos habéis adivinado enigmas; se ha de casar con el más virtuoso, y vos lo sois, habiendo sido educado por los sacerdotes de Egipto; el más generoso debe ser preferido, y vos le habéis regalado los dos más hermosos cocodrilos y dos más lindos icneumones que se han hallado en el Delta; poseéis el buey Apis y los libros de Hermes, que son la cosa más rara del universo: conquie nadie puede competir con vos por Formosina.

—Razón tenéis —dijo el rey de Egipto, y se volvió a sentar en su trono.

Pusieron luego el arco en manos del rey de las Indias, y las ampollas que le salieron le duraron quince días; pero se consoló con la esperanza de que el rey escita no sería más afortunado que él.

Este manejó el arco a su vez con tanta maña como fuerza; pareció tomar la cuerda alguna elasticidad en sus manos y lo dobló un poco, mas nunca consiguió tenderlo. El anfiteatro, que por las buenas trazas de este príncipe le había cobrado afecto, sintió que no hubiese logrado su empresa y creyó que nunca se casaría la hermosa princesa.

Entonces saltó a la arena el joven desconocido y, dirigiéndose al rey de los Escitas, le dijo:

—No se pame Vuestra Majestad de no haber logrado enteramente su intento; estos arcos de ébano se fabrican en mi país y es menester tomarles el tino; más mérito habéis tenido en doblarlo que podré tener yo en armarlo.

Diciendo esto, cogió una flecha, la puso en la cuerda, tendió el arco de Nembrod y lanzó la flecha mucho más lejos que la barrera. Un millón de manos aplaudieron el prodigio; resonó Babilonia en aclamaciones y decían todas las mujeres: "¡Qué fortuna que un joven tan lindo sea tan forzado!".

Sacó luego de la faltriquera una tablita de marfil y, habiendo escrito unos renglones en ella con un puntero de oro, ató la tablilla al arco y se lo presentó todo a la princesa con una gracia que dejó embelesados a todos los circunstantes, y se volvió luego a su asiento entre su pájaro y su escudero. Toda Babilonia estaba maravillada, confusos los tres reyes, y el desconocido, al parecer, no lo advertía. Todavía se quedó más atónita Formosina cuando en la tablilla de marfil, colgada del arco, leyó estos versos en buen caldeo:

El arco de Nembrod arco es de guerra,
Y arco es de dicha el arco de Cupido;
Tú lo asestas; por ti toda la tierra
Del dios rapaz al yugo se ha rendido.
Tres poderosos reyes que esta encierra,
Hoy por tu posesión han combatido;

No sé de quién será la alta victoria,
Mas sí que el orbe envidiará su gloria.

No disgustó este madrigal a la princesa, aunque lo criticaron algunos señores viejos de palacio, diciendo que en los buenos tiempos Belo hubiera sido comparado con el sol, y Formosina con la luna, su cuello con una torre y sus pechos con un celemín de trigo. Fallaron, pues, que no tenía imaginación el extranjero y que se desviaba de las reglas de la buena poesía; pero a todas las damas les parecieron muy bonitos los versos, y se maravillaron de que un hombre que armaba con tanta facilidad un arco tuviese tanto ingenio. La dama de honor de la princesa le dijo:

—Señora, ¡qué de habilidades inútiles! Porque, ¿de qué le han de valer a ese joven su ingenio y el arco de Belo?

—De que se maravillen de él —respondió Formosina.

—¡Ah! —dijo entre dientes la dama de honor—; con otro madrigal que haga, apuesto a que de él se enamoran.

Habiendo empero Belo consultado con sus magos, declaró que, puesto que ninguno de los tres reyes había podido armar el arco de Nembrod, su hija no por eso se había de quedar soltera, y que sería de aquel que venciese al gran león que para el caso habían criado en la casa de las fieras.

El rey de Egipto, que había sido criado con toda la cordura de su país, pensó que era cosa muy extravagante echar a un rey a las fieras para casarlo; y si bien confesaba que la posesión de Formosina era de mucha valía, todavía alegaba que si el león daba fin de él, nunca podría ser marido de esta hermosa babilonia. Del mismo dictamen que el egipcio fue el rey de las Indias, y ambos dijeron que el de Babilonia hacía burla de ellos; que era preciso que viniesen sus ejércitos a tomar venganza; que tenían vasallos de sobra que tendrían a mucha honra morir por servir a sus amos, sin que perdieran ni un cabello sus sagradas cabezas; que con facilidad destronarían al rey de Babilonia y luego sortearían a la bella Formosina. Hecho este convenio, cada uno de los reyes despachó a

su país una orden terminante de juntar un ejército de trescientos mil hombres para robar a Formosina.

No obstante, el rey de los Escitas bajó solo a la arena, con la cimitarra en la mano. No estaba este muy prendado de Formosina; hasta entonces la gloria había sido su única pasión; esta sola le había traído a Babilonia, y quiso mostrar que, si eran los reyes de Egipto y de la India sobrado prudentes para habérselas con leones, era él sobrado animoso para acometer esta aventura y no dejar empañado el lustre de su diadema. Su mucho esfuerzo no le dejó siquiera valerse del auxilio de su tigre, y solo, armado a la ligera, entró en el circo cubierto de un yelmo de acero guarnecido de oro, del cual tremolaban tres colas de caballo más blancas que la nieve.

Lanzaron contra él el más enorme león que se había criado en las montañas del Antilíbano; sus garras terribles tenían trazas de despedazar a los tres reyes juntos, y su honda sima de dientes de engullírselos. Resonaba el anfiteatro con sus horrorosos rugidos. Se precipitan uno contra otro los dos fieros combatientes a carrera tendida; el valeroso escita le mete la espada en la boca al león, pero tropieza con uno de aquellos terribles dientes que resisten al acero más duro, salta la hoja en pedazos y, enfurecido con su herida, el monstruo de las selvas ya ahondaba sus sangrientas garras en el pecho del monarca.

Condolido el joven desconocido del peligro de tan valeroso príncipe, con la presteza del relámpago se lanza a la arena y le corta al león la cabeza con la misma destreza que después hemos visto en los torneos a caballeros mozos y diestros ensartar en la lanza sortijas y cabezas de moros. Sacando luego una cajita, se la presentó al rey de los Escitas diciéndole:

—En esta caja hallará Vuestra Majestad el dítamo legítimo que se cría en mi país; en un instante sanará de sus gloriosas heridas. Solo el azar estorbó que triunfais del león, mas no por eso es menos portentoso vuestro valor.

Más agradecido el rey escita que celoso, dio las gracias a su libertador y, habiéndole dado un tierno abrazo, se volvió a su alojamiento para aplicar a sus heridas el dítamo.

Dio el desconocido la cabeza del león a su escudero, el cual, habiéndola lavado en la fuente grande que batía debajo del anfiteatro y desangrándola bien, sacó unas pinzas de su saco y arrancó sus cuarenta dientes al león, sustituyendo en su lugar cuarenta diamantes del mismo tamaño. Su amo, con su acostumbrada modestia, se volvió a su sitio y, dando la cabeza del león a su pájaro, le dijo:

—Hermoso pájaro, ve a poner a las plantas de Formosina este pobre tributo.

Vuela el pájaro llevando en una de sus garras el tremendo trofeo y se lo presenta a la princesa, bajando rendidamente el cuello y humillándose ante ella. Todos se quedaron deslumbrados con los cuarenta brillantes, pues aún no era conocida tal magnificencia en la soberbia Babilonia, y todavía eran reputados como los más preciosos adornos la esmeralda, el topacio, el zafiro y el granate. Belo y toda su corte estaban arrobados; pero todavía los maravilló más el pájaro que ofrecía este regalo, el cual era del tamaño de un águila, pero tenía los ojos tan suaves y amorosos como son fieros y amenazadores los de las águilas; su pico era de color de rosa, algo parecido al de los bellos labios de Formosina; su cuello reunía todos los colores del arcoíris, pero eran más vivos y más lucientes; en su plumaje resplandecía el oro en mil matices; sus pies parecían una mezcla de púrpura y plata, y no se podía comparar con su cola la de las hermosas aves que más tarde fueron uncidas al carro de Juno.

Se llevaban los cuarenta diamantes y el pájaro alternativamente la atención, la curiosidad, el asombro y el pasmo de los cortesanos. Este se había posado encima de la balaustrada, entre Belo y su hija Formosina, la cual le halagaba, le acariciaba y le besaba, y él recibía al parecer sus cariños con cierta satisfacción unida con respeto. Cuando le daba besos la princesa, se los devolvía y la miraba con ojos enternecidos; recibía de ella bizcochos y pistachos, que

agarraba con su pata de argentada púrpura y se ponía en el pico con una gracia inefable.

Belo, que había mirado con mucha atención los diamantes, pensaba que apenas con una provincia suya podría pagar tan rica dádiva. Mandó disponer para el desconocido otros dones todavía más magníficos que los que para los tres monarcas estaban destinados.

—Sin duda que este joven —decía— es hijo del rey de China o de la parte del mundo llamada Europa, que algunas veces he oído mentar, o de África, que dicen que linda con el reino de Egipto.

Sin tardanza envió a su caballerizo mayor a felicitar al desconocido, y a preguntarle si era soberano de alguno de estos imperios y por qué, siendo dueño de tesoros tan inmensos, había venido con un solo escudero y un costal chico.

Mientras iba el caballerizo mayor al anfiteatro a desempeñar su comisión, llegó otro escudero en un unicornio y, hablando con el joven, le dijo:

—Vuestro padre Ormar está en el último trance de su vida y he venido a decíroslo.

Alzó los ojos al cielo el desconocido, vertió llanto y no dijo más palabra que:

—Vámonos.

El caballerizo mayor, después de haber felicitado de parte de Belo al vencedor del león, al donador de los cuarenta diamantes, al dueño del hermoso pájaro, preguntó al escudero de qué reino era rey el padre de este héroe mozo. Respondió el escudero:

—Su padre es un pastor anciano muy amado en su país.

Durante esta corta conversación ya había montado el desconocido en su unicornio, y dijo entonces al caballerizo:

—Dignaos, señor, ponerme a las plantas de Belo y su hija, y suplicad a esta de mi parte que cuide mucho del pájaro que le dejo,

que es, como ella, único en el mundo.

Diciendo estas razones, partió como un rayo, seguido de sus dos escuderos, y desapareció en pocos instantes.

Formosina no pudo menos que dar un grito muy agudo. El pájaro, volviéndose al anfiteatro donde había estado sentado su amo, dio muestras de mucha aflicción por no verle y, clavando luego la vista en la princesa y restregando blandamente con su pico su bella mano, parecía dar a entender por señas que se consagraba a su servicio.

Más atónito que nunca Belo al saber que hombre tan extraordinario era hijo de un pastor, no lo pudo creer y mandó ir en su seguimiento; pero en breve le vinieron a decir que nadie podía dar alcance a los unicornios en que iban montados estos tres hombres, y que al paso que llevaban debían de andar cien leguas por día.

§ II

Discurría todo el mundo acerca de este raro suceso y hacía mil vanas conjeturas. ¿Cómo puede el hijo de un pastor regalar cuarenta diamantes gruesos? ¿Por qué cabalga en un unicornio? Nadie sabía qué decir, y Formosina acariciaba a su pájaro y estaba pensativa, además. La princesa Doris, su prima hermana, doncella de buena planta y casi tan hermosa como Formosina, le dijo:

—Prima, no sé si este joven semidiós es hijo de un pastor, pero me parece que ha cumplido cuantas condiciones para tu casamiento se pedían: ha tendido el arco de Nembrod, ha vencido al león y tiene mucho talento, pues te ha compuesto una octava muy bonita de repente; después de los cuarenta enormes diamantes que te ha dado, no puedes negar que sea el más generoso de los mortales; en su pájaro poseía la cosa más rara que hay en la tierra; su virtud no

tiene igual, pues pudiendo quedarse contigo se ha ido sin tardanza en cuanto ha sabido que estaba enfermo su padre. En todos los puntos ha cumplido el oráculo, menos en el que exige que derribe a sus competidores; pero más ha hecho que eso, pues ha salvado la vida al único que podía temer, y cuando se trate de echar por tierra a los otros dos, creo que no dudas de que se saldrá con ello sin mucha dificultad.

—Es cierto todo cuanto dices —respondió Formosina—; pero, ¿cómo es posible que el mayor, y acaso el más amable de los hombres, sea hijo de un pastor?

Metiéndose entonces la dama de honor en la conversación, dijo que muchas veces la palabra "pastor" se aplicaba a los reyes; que los llamaban pastores porque esquilan muy de cerca su ganado; que sin duda el escudero había querido bromear; que el héroe joven había venido tan mal acompañado para manifestar cuántas ventajas llevaba su mérito al fausto de los reyes, y para deber la posesión de Formosina solo a su valor. La princesa no dio otra respuesta que dar mil tiernos besos a su pájaro.

Se disponía en tanto un soberbio banquete para los tres reyes y todos los príncipes que habían venido, en el que habían de hacer el papel principal la hija y la sobrina de Belo. Se llevaron a los reyes regalos dignos de la magnificencia de Babilonia, y Belo, mientras servían, juntó su consejo para consultar acerca del casamiento de la bella Formosina, y a fuer de político consumado habló de esta manera:

—Yo soy viejo, y no sé qué haré ni a quién daré mi hija. El que la merecía es un vil pastor; el rey de Indias y el de Egipto, unos inútiles; el de los Escitas me convendría, pero no ha cumplido con ninguna de las condiciones que se habían impuesto. Voy otra vez a consultar el oráculo; deliberad entre tanto, y nos determinaremos por lo que diga el oráculo, porque un rey siempre se debe gobernar por los preceptos expresos de los inmortales.

Se fue dicho esto el rey a su capilla, y le respondió el oráculo en breves palabras, según tenía de costumbre: "Tu hija no se casará hasta que haya recorrido el mundo". Atónito Belo, vuelve al consejo con esta respuesta.

Tenían todos los ministros un respeto profundo a los oráculos; todos confesaban, o fingían confesar, que eran el fundamento de la religión y que la razón no debe replicarles en nada; que por ellos reinan los reyes en los pueblos y los magos en los reyes; que sin los oráculos no habría ni virtud ni sosiego en la tierra. Finalmente, después de haberles manifestado la más rendida veneración, casi todos opinaron que este era impertinente, que no debía ser obedecido, que no había cosa más indecente para una doncella, y especialmente para la hija del gran rey de Babilonia, que correr sin saber adónde; que ese era medio seguro de no casarse o contraer un matrimonio clandestino, vergonzoso y ridículo; en una palabra, que este oráculo no tenía sentido común.

El más joven de los ministros, llamado Onadase, el cual tenía más entendimiento que los demás, dijo que sin duda hablaba el oráculo de alguna romería devota, y que él se ofrecía a conducir a la princesa. El rey adoptó su dictamen, pero todos querían servir de escuderos. El rey decidió que iría la princesa a distancia de trescientas parasangas, camino de Arabia, a un templo cuyo santo tutelar tenía fama de buen casamentero, y que la acompañaría el decano del consejo. Tomada esta resolución, se fueron a cenar.

§ III

En mitad de los jardines se levantaba, entre dos cascadas, un salón ovalado de trescientos pies de diámetro, cuya azulada bóveda, sembrada de estrellas de oro, representaba todas las constelaciones con los planetas, cada uno en su lugar, y giraba como el cielo esta bóveda por medio de máquinas tan invisibles como las que dirigen

los movimientos celestes. Cien mil mechas encendidas, metidas en cilindros de cristal de roca, alumbraban el interior y el exterior de la sala; un aparador en gradas estaba cubierto de veinte mil vasos o platos de oro, y enfrente otras gradas llenas de músicos; otros dos anfiteatros estaban cargados, uno de frutas de todas las estaciones y otro de ánforas de cristal, donde brillaban todos los vinos de la tierra.

Tomaron los convidados asiento alrededor de una mesa embutida toda de piedras preciosas que figuraban frutas y flores. Se colocó la bella Formosina entre el rey de Indias y el de Egipto, y la bella Doris junto al rey de los Escitas. El rey de Babilonia, en medio, enfrente de su hija, parecía sentido de no haber podido casarla y gustoso por conservarla todavía en su compañía. Le pidió Formosina licencia para poner su pájaro a su lado en la mesa, y el rey se la otorgó.

La música que se empezó a oír dio entera libertad a cada príncipe para hablar con su vecino, y el banquete pareció tan delicioso como magnífico era. Habían servido delante de Formosina un plato que gustaba mucho al rey su padre: la princesa mandó que se le llevasen a Su Majestad; al punto agarra con portentosa destreza el pájaro del plato y va a presentárselo al rey. Ya se deja entender cuál fue el asombro de los convidados: Belo le acarició tanto como a su hija. Echó luego el pájaro a volar y volvió junto a la princesa; en su vuelo desplegaba tan hermosa cola, eran tan brillantes los colores de sus alas extendidas y el oro de su plumaje tan resplandeciente, que todos los ojos estaban clavados en él. Todos los concertistas pararon la música y se quedaron inmóviles; nadie comía, nadie chistaba, solo un murmullo de admiración se oía. La princesa de Babilonia no hizo más que besarle en toda la cena, sin preocuparse siquiera de si andaban reyes por el mundo. Los de Indias y Egipto sintieron crecer su enojo, y cada uno de ellos se propuso firmemente acelerar la marcha de sus trescientos mil hombres y vengarse.

El rey de los Escitas estaba entretenido hablando con la bella Doris, y su arrogante corazón, despreciando sin indignarse los desdenes de Formosina, le había cobrado más desamor que enojo.

—Confieso —decía— que es hermosa, pero se me figura una de aquellas mujeres que solo en su beldad se ocupan y piensan que les debe dar gracias el linaje humano cuando se dignan dejarse ver en público. En mi país no adoramos imágenes; más quisiera una fea condescendiente y amable que esta hermosa estatua: vos, señora, sois tan hermosa como el día y os dignáis al menos conversar con los extranjeros. Yo os confieso, con la ingenuidad de un escita, que os prefiero a vuestra prima.

Se equivocaba, es verdad, acerca del carácter de Formosina, que no era tan desdeñosa como parecía; pero la princesa Doris recibió muy bien su cumplido: empezó a ser muy interesante el diálogo, y antes de levantarse de la mesa estaban ya ambos muy satisfechos y seguros uno de otro.

Acabada la cena se fueron todos a pasear por los sotos de los jardines, y el rey de los Escitas se encontró con Doris en un cenador apartado. Doris, que era la ingenuidad misma, dijo así a este príncipe:

—No quiero mal a mi prima, puesto que es más hermosa que yo y está destinada a regir el cetro de Babilonia. La honra de gustaros me tiene más ufana que si fuera hermosa, y prefiero con vos la Escitia a la corona de Babilonia sin vos, aunque sea de derecho esta corona mía, si derecho hay en el mundo, porque soy de la rama mayor de Nembrod y Formosina es de la menor, habiendo su abuelo destronado al mío y mandándolo matar.

—¡Conque tanta es la fuerza de la sangre en la casa real de Babilonia! —dijo el escita—. ¿Cómo se llamaba vuestro abuelo?

—Doris, como yo, y mi padre tenía el mismo nombre; este fue desterrado con mi madre al otro extremo del imperio, y después de la muerte de ambos, no recelando nada de mí, quiso criarme al lado de su hija, pero intimándome que nunca me casara.

—Yo quiero vengar a vuestro padre, a vuestro abuelo y a vos —le dijo el rey de los Escitas—. Yo os fío que seréis casada; pasado mañana de madrugada os robo, porque mañana estoy convidado a

comer con el rey de Babilonia, y vuelvo a mantener vuestros derechos con un ejército de trescientos mil hombres.

—Sea en buena hora —dijo la bella Doris.

Y habiéndose jurado guardar fe recíprocamente, se separaron.

Mucho tiempo hacía que se había retirado a su cuarto la incomparable Formosina. Al lado de su cama había mandado poner un naranjito en una maceta de plata para que durmiera su pájaro. Las cortinas estaban cerradas, pero no tenía sueño, pues estaban sobradamente despiertos su corazón y su imaginación. Siempre tenía presente al lindo desconocido; ya le veía tirando la flecha con el arco de Nembrod, ya le contemplaba cortando la cabeza al león, ya recitaba su octava, y ya le veía huir de entre la muchedumbre montado en su unicornio. Prorrumpía entonces en sollozos y clamaba llorando:

—No le volveré a ver, no le volveré a ver, no volverá más.

—Sí, volverá, señora —le respondió desde su naranjo el pájaro—; ¿quién es capaz de haberos visto y no volveros a ver?

—¡Cielos! ¡Potencias eternas! ¡Mi pájaro habla en buen caldeo! —diciendo estas palabras, extiende los brazos y se hince de rodillas en la cama—. ¿Sois un dios que ha bajado a la tierra? ¿Sois el gran Orosmades escondido en este hermosísimo plumaje? Si sois un dios, restituidme al hermoso joven.

—Soy un pobre volátil —replicó el pájaro—, empero nací cuando hablaban todos los animales y cuando conversaban familiarmente con vosotros los burros, los caballos y los grifos. No he querido hablar delante de la gente por miedo a que me creyeran brujo vuestras damas, y solo a vos me quiero descubrir.

Fuera de sí Formosina, aturdida, embriagada con tantos portentos, agitada con el anhelo de hacerle mil preguntas de consuno, la primera que le hizo fue qué edad tenía.

—Veintisiete mil novecientos años y seis meses; soy del tiempo de la pequeña revolución del cielo, que llaman vuestros magos la

precesión de los equinoccios, y dura cerca de veintiocho mil de vuestros años. Revoluciones hay infinitamente más largas, y así tenemos otros seres muy más viejos que yo. Hace veintidós mil años que en uno de mis viajes aprendí el caldeo, y siempre he conservado mucha afición a la lengua caldea; pero los demás animales, mis camaradas, han renunciado al habla en vuestros climas.

—¿Y por qué así, divino pájaro?

—¡Ay! Porque se han acostumbrado los hombres a comernos en vez de conversar y de instruirse con nosotros. ¡Bárbaros! ¿Pues, qué? ¿No se debían persuadir de que, pues tienen los mismos órganos que nosotros, los mismos afectos, las mismas necesidades y los mismos deseos, teníamos lo que llaman un alma lo mismo que ellos, que éramos sus hermanos y que solo los malos eran los que debían cocerse y comerse? Tan hermanos vuestros somos, que cuando el Ser Supremo, el Ser Eterno y Creador hizo un pacto con los hombres, nos comprendió positivamente en el tratado, prohibiéndoos expresamente que os alimentaseis con nuestra sangre y a nosotros que bebiéramos la vuestra. Las fábulas de vuestro antiguo Locman, en tantos idiomas traducidas, serán un testimonio eternamente perenne del venturoso comercio que antes con nosotros teníais, pues todas empiezan así: "Cuando hablaban los animales". Verdad es que hay muchas mujeres que sin cesar hablan con sus perrillos; mas estos han resuelto no responderos palabra desde que a latigazos los habéis forzado a ir a cazar, y los habéis hecho cómplices de la matanza de nuestros antiguos amigos comunes: ciervos, gamos, liebres y perdices. Todavía os quedan poemas antiguos en que hablan los caballos, y aun les hablan vuestros cocheros, empero con expresiones tan indecentes y diciéndoles tan infames palabras, que los caballos, que antiguamente os querían mucho, hoy os detestan. La tierra donde vive vuestro precioso desconocido es hoy la única donde sabe vuestra especie amar a la nuestra y hablar con ella, y el único rincón de la tierra donde sean justos los humanos.

—¿Y dónde está esa tierra de mi caro desconocido? ¿Cómo se llama ese héroe? ¿Cómo su imperio? Porque no puedo creer que sea un pastor, así como no puedo creer que eres tú un murciélago.

—Su tierra, señora, es la de los Gangáridas, pueblo invencible y virtuoso que habita la ribera oriental del Ganges. El nombre de mi amigo es Amazan. No es rey, y no sé si querría rebajarse a serlo, pues quiere mucho a sus compatriotas. Pastor es como ellos, mas no os imaginéis que se parecen estos pastores a los vuestros, los cuales, apenas mal cubiertos de andrajos, guardan carneros muy mejor vestidos que ellos, gimen agobiados de miseria y pagan a un recaudador la mitad de la mezquina soldada que de sus amos cobran. Los pastores gangáridas han nacido todos iguales, y son poseedores de innumerables rebaños que pastan en sus eternamente frondosas praderas. Nunca los matan, que es un delito horroroso en el Ganges matar y comerse a sus semejantes: sus lanas, más finas que la más fina y brillante seda, componen el mayor objeto de comercio de Oriente. Además, el territorio de los gangáridas produce todo cuanto puede contentar los deseos de los hombres. Los gruesos diamantes que ha tenido Amazan la honra de regalaros provienen de una de sus minas; el unicornio en que habéis visto que venía montado es la cabalgadura común de los gangáridas, y son los más hermosos, los más arrogantes, los más tremendos y los más mansos animales que ornan la faz de la tierra. Cien gangáridas y cien unicornios serían bastantes para disipar innumerables ejércitos. Cerca de doscientos años hace que hubo un rey de las Indias tan frenético que emprendió la conquista de esta nación y se presentó con una comitiva de diez mil elefantes y un millón de soldados. Los unicornios traspasaron de medio a medio a los elefantes, del mismo modo que he visto yo en vuestra mesa las alondras ensartadas en asadores de oro. Los gangáridas echaban por tierra a los soldados indios como los pueblos de Oriente siegan el arroz. El rey, con más de seiscientos mil de los suyos, fue hecho prisionero; le bañaron en las salutíferas aguas del Ganges y le pusieron a la dieta del país, la cual consiste en no comer más que vegetales, que produjo la naturaleza para alimento de todo cuanto

vive. Los hombres que se alimentan con carne y beben licores fuertes tienen una sangre acre y adusta que los torna locos de cien maneras diversas, y su principal desatino se cifra en la manía de verter la sangre de sus hermanos y asolar fértiles llanuras para reinar en cementerios. Seis meses enteros se gastaron en curar de su dolencia al rey de las Indias, y cuando al fin dictaminaron los médicos que estaba más sosegado su pulso y más sereno su ánimo, dieron un certificado en su favor al consejo de los gangáridas, el cual, por dictamen de los unicornios, permitió con mucha humanidad que volviera el rey de las Indias a su país con sus estúpidos cortesanos y sus tontos soldados. Esta lección los ha hecho cuerdos, y desde entonces acá han respetado los indios a los gangáridas, así como los ignorantes que se quieren instruir en vuestro país respetan a los filósofos caldeos, a quienes no pueden igualar.

—Decidme, amado pájaro —le dijo la princesa—, ¿tienen religión los gangáridas?

—¡Que si tienen religión, señora! Los días de luna llena nos juntamos todos para dar gracias a Dios; los hombres en un vasto templo de cedro, las mujeres en otro, para que no haya distracciones; los pájaros todos en un bosquecillo, y los cuadrúpedos en una hermosa alfombra de césped, y le rendimos las gracias por todos los beneficios que nos hace, y tenemos con especialidad papagayos que predicán a las mil maravillas. Esta es la patria de mi amado Amazan; en ella vivo yo, y le tengo tanta amistad cuanto amor os ha inspirado. Si me dais crédito nos iremos juntos y le pagaréis su visita.

—De veras, pájaro mío, qué bonito oficio haces —le respondió sonriéndose la princesa, que moría de ganas de emprender el viaje y no se atrevía a confesarlo.

—Sirvo a mi amigo —dijo el pájaro—, y después de la ventura de amaros, la mayor es servir a vuestros amores.

Formosina no sabía lo que por ella pasaba y se creía transportada fuera de la tierra. Todo cuanto había visto y cuanto estaba viendo en

este día, todo cuanto estaba oyendo y sobre todo cuanto en su corazón sentía, la tenía en un éxtasis que dejaba muy atrás el que disfrutaban hoy los venturosos musulmanes cuando, desprendidos de sus vínculos terrenales, se hallan en el noveno cielo en brazos de las huríes, cercados y embebidos en gloria y felicidad celestial.

Toda la noche se le fue hablando de Amazan, a quien no llamaba más que "su pastor"; y desde entonces muchas naciones emplean promiscuamente los nombres de pastor y de amante para significar una misma cosa.

Unas veces preguntaba al pájaro si había tenido Amazan otras queridas; el pájaro respondía que no, y la princesa no cabía en sí de gozo. Otras quería saber en qué pasaba su vida, y sabía con el mayor júbilo que la gastaba en hacer el bien, en cultivar las artes, en penetrar los secretos de la naturaleza y en perfeccionar su ser. Otras quería saber si era el alma de su pájaro de la misma naturaleza que la de su amante, y por qué había vivido el uno cerca de veintiocho mil años cuando no tenía el otro más que dieciocho o diecinueve. Otras cien preguntas semejantes hacía, y respondía el pájaro con una reserva que irritaba su curiosidad. Al fin cerró el sueño sus párpados, entregando a Formosina a la dulce ilusión de los sueños enviados por los dioses, que exceden a veces a la realidad misma y que explica con mucha dificultad toda la filosofía de los caldeos.

Era muy tarde cuando despertó Formosina. Acababa de dejarla el sueño cuando entró en su cuarto su padre, el rey. El pájaro recibió a su majestad con respetuosa cortesía, fue hasta la puerta, batió las alas, alargó el pescuezo y se volvió a posar en su naranjo. Se sentó el rey sobre la cama de su hija, a quien habían puesto más hermosa sus sueños, arrimó su larga barba al hermoso semblante y, habiéndole dado dos besos, le dijo así:

—Hija querida, ayer no pudiste encontrar un marido como yo esperaba, puesto que es menester que tengas uno, que lo requiere así la salud de mi imperio. He consultado con el oráculo, el cual, como tú sabes, nunca miente y es la norma de toda mi conducta, y me ha mandado que vayas a recorrer mundo.

—¡A la tierra de los gangáridas, sin duda! —dijo ella; y cuando hubo soltado estas palabras, advirtió que había dicho un disparate.

El rey, que no sabía palabra de geografía, le preguntó qué tierra era la de los gangáridas, y ella halló con facilidad una salida. Le dijo su padre que era preciso que fuese a una romería, que había nombrado a las personas de su comitiva: el decano de los consejeros de Estado, el capellán mayor, una dama de honor, un médico, un boticario y su pájaro, con toda la servidumbre correspondiente. Formosina, que nunca había salido del palacio del rey su padre, y que hasta el día de Amazan y los tres reyes había pasado una vida muy insulsa en la etiqueta del fausto y la apariencia de los deleites, se alegró mucho de ir a una romería. "¿Quién sabe —decía en su corazón—, si inspirarán los dioses a mi amado gangárida el mismo deseo de ir a la propia ermita, y si tendré el gusto de volver a ver a mi peregrino?". Dio luego amorosas gracias a su padre, diciéndole que siempre había sido devota muy de corazón al santo a cuya capilla la enviaba.

Dio Belo una excelente comida a sus huéspedes, donde no se encontraron más que hombres, todos muy mal apareados: reyes, príncipes, ministros, pontífices, celosos todos unos de otros, pesando sus palabras, mal avenidos con sus vecinos y consigo mismos. Fue muy triste el banquete, puesto que bebieron mucho los convidados. Las princesas se quedaron en sus aposentos, ocupadas ambas en preparar su viaje, y comieron en su mesa separada. Se fue luego Formosina a pasear al jardín en compañía de su amado pájaro, el cual por divertirla volaba de uno en otro árbol, extendiendo su soberbia cola y su plumaje divino.

El rey de Egipto, que estaba caliente con el vino, por no decir borracho, pidió a uno de sus pajes un arco y flechas. Verdad es que era este príncipe el más desmañado flechero de su reino; y cuando tiraba al blanco, el sitio en que estaba uno más seguro era aquel adonde dirigía el apunte. Pero el hermoso pájaro, volando con tanta presteza como la flecha, se presentó de sí propio al tiro y cayó ensangrentado en los brazos de Formosina. El egipcio, riendo con

una risa tonta, se retiró a su alojamiento. Traspasaba la princesa con sus llantos el cielo, se deshacía en lágrimas y se daba golpes y bofetadas. El moribundo pájaro le dijo al oído:

—Quemadme, y no dejéis de llevar mis cenizas a la Arabia Feliz, al Oriente de la antigua ciudad de Adén o Edén, y ponerlas al sol en una pira chica de clavo y canela.

Dichas estas palabras, expiró.

Formosina estuvo largo rato desmayada; cuando volvió en sí fue para prorrumpir en nuevos sollozos. Su padre, compartiendo su dolor y pronunciando imprecaciones contra el rey de Egipto, no dudó de que presagiaba esta aventura un siniestro porvenir, y fue luego a consultar con el oráculo de su capilla, que le respondió: "Mezcla de todo, muerto vivo, infidelidad y constancia, ganancia y pérdida, dicha y calamidad". Ni su consejo ni él entendieron una palabra; pero al cabo estaba muy satisfecho con haber cumplido con lo que pedía la devoción.

Deshecha en lágrimas su hija mientras él consultaba con el oráculo, hizo al pájaro las fúnebres exequias que había este mandado, y se resolvió a llevarle a Arabia a peligro de su vida. Le quemó en tela incombustible con el naranjo donde había dormido y recogió las cenizas en un vaso chico de oro esmaltado en carbunclos y diamantes que arrancó de la boca del león. ¡Oh, si hubiera podido, en vez de cumplir con tan funesto ministerio, quemar vivo al detestable rey de Egipto! Ese era todo su anhelo. Mandó matar de despecho a sus dos cocodrilos, a sus dos hipopótamos, a sus dos cebras y a sus dos icneumones y tirar sus dos momias al Éufrates; y si hubiera cogido a su buey Apis, le hubiera hecho pasar un mal rato.

Fuera de sí con tamaño agravio, el monarca egipcio partió sin demora para dar prisa a sus 300 000 soldados; y el de Indias, viendo que se había ido su aliado, se marchó aquel mismo día con ánimo firme de juntar sus 300 000 indios con el ejército egipcio. Aquella noche se escapó con la princesa Doris el rey de Escitia,

resuelto a venir a pelear en su demanda al frente de 300 000 escitas, para restituirle la corona de Babilonia, que le pertenecía como descendiente de la rama mayor. La hermosa Formosina se puso también en camino a las tres de la madrugada con su caravana de romeros, con la esperanza de que podría ir a Arabia a cumplir con la última voluntad de su pájaro, y de que la justicia de los inmortales dioses le tornaría a su caro Amazan, sin el cual no podía ya vivir un instante.

Cuando despertó el rey de Babilonia se encontró solo.

—Así se acaban las fiestas solemnes —decía—, dejando tras de sí un espantoso hueco en el alma después del estrépito que han hecho.

Se arrebató empero de una saña verdaderamente regia cuando supo que había sido robada la princesa Doris, y dio orden de despertar a todos sus ministros y de convocar el consejo. En tanto que se congregaban fue a consultar a su oráculo, del cual no pudo sacar más que estas palabras, que después tan célebres han sido en todo el Universo: "Cuando no casan a las doncellas, se casan ellas".

Se expidieron luego órdenes para que marcharan 300 000 hombres contra el rey de los Escitas. Así se encendió en todas partes la más terrible guerra ocasionada por los deleites de la más lucida fiesta que se haya celebrado en la tierra. Cuatro ejércitos de 300 000 hombres iban a desolar Asia. La guerra de Troya, que asombró al mundo algunos siglos después, era juego de niños comparada con esta; pero es verdad que en la contienda de los troyanos se trataba de una vieja muy libertina que dos veces había hecho que la robaran, y en esta de un pájaro y dos doncellas.

El rey de Indias se fue a esperar su ejército por la magnífica calzada que entonces iba desde Babilonia a Cachemira, y el de los Escitas, en compañía de Doris, por la que atravesaba el monte Imao, que todas han desaparecido después a causa del mal gobierno. El rey de Egipto se había dirigido al Occidente y se encaminaba hacia el

pequeño Mar Mediterráneo, que los hebreos, ignorantes, llamaron luego el Mar Grande.

La bella Formosina seguía el camino de Basora, plantado de dátiles que daban sombra eterna y fruta en todas las estaciones del año. En la misma Basora estaba el templo adonde iba en romería, y el santo a quien estaba dedicado era, con corta diferencia, como el que posteriormente adoraron en Lámpsaco, el cual daba maridos a las doncellas y les servía muchas veces de marido, y era el santo a quien más devoción tenían en toda Asia. Formosina no se preocupaba del santo de Basora ni invocaba otro que a su adorado pastor gangárida, el hermoso Amazan. Pensaba embarcarse en Basora y arribar a la Arabia Feliz para cumplir la manda del pájaro difunto.

En la tercera jornada, apenas hubo entrado en una posada donde sus aposentadores le habían preparado alojamiento, supo que también había llegado el rey de Egipto, que, informado por sus espías del camino que traía la princesa, había mudado la dirección del suyo acompañado de una crecida comitiva. En cuanto llegó, hizo poner centinelas a todas las puertas y subió al cuarto de la bella Formosina, a quien dijo:

—Señorita, en vuestra busca he venido; poquísimo aprecio habéis hecho de mí cuando estaba en Babilonia, y es muy justo castigar a remilgadas y melindrosas; me haréis el favor de cenar esta noche conmigo; mi cama será la vuestra y me portaré con vos según me dejéis satisfecho.

Bien vio Formosina que no sacaría nada a la fuerza, y sabiendo que la prudencia consiste en conformarse con su situación, se resolvió a librarse del rey de Egipto con un ardid inocente. Se paró a mirarle con mucha ternura y de soslayo, y con una modestia, una gracia, una confusión, un cariño y una muchedumbre de embelesos que hubieran hecho perder la cabeza al hombre más cuerdo y cegado al más perspicaz, le dijo así:

—Os confieso, señor, que siempre tuve bajos los ojos en vuestra presencia cuando honrasteis al rey, mi padre, viniendo a su palacio, porque desconfiaba de mi corazón y de mi sencillez, ingenua en demasía, y me temía que mi padre y vuestros competidores advirtiesen la preferencia que yo os daba y que tan bien merecéis. Ahora me puedo abandonar a los sentimientos de mi corazón. Por el buey Apis, que después de vos es para mí la más respetable cosa del mundo, que me ha llenado de júbilo vuestra propuesta. En el palacio del rey, mi padre, cené con vos, y hoy cenaré también en esta posada sin que él esté presente; lo único que os ruego es que convidéis a vuestro capellán mayor, que me pareció en Babilonia sujeto muy jovial; traigo conmigo excelente vino de Shiraz y quiero que lo bebáis ambos. Vuestra segunda propuesta es ciertamente muy apreciable, pero una doncella bien criada no puede responder categóricamente a ella; básteos con saber que siempre os he tenido por el mayor de los reyes y el más amable de los mortales.

Con estas razones perdió la cabeza el pobre rey de Egipto y consintió en que fuese el capellán de la partida.

—Otro favor tengo que pedir —dijo la princesa—, y es que me permitáis que hable con mi boticario: las doncellas adolecen siempre de ciertos leves achaques que requieren algunos remedios; por ejemplo, dolores de cabeza, palpitaciones de corazón, cólicos, vahídos que en ciertas circunstancias se deben precaver; en fin, necesito a mi boticario y espero que no me neguéis esta leve prueba de cariño.

—Señorita —respondió el rey de Egipto—, puesto que un boticario tiene planes diametralmente opuestos a los míos, y son los objetos de su arte lo contrario de los del mío, soy yo hombre tan bien criado que no quiero negarme a tan justa solicitud: voy a dar orden de que hable con vos mientras disponen la cena; y como pienso que estaréis algo cansada del viaje y podréis necesitar de una camarera, tenéis facultad para llamar a la que os pareciere: yo luego aguardaré vuestras órdenes y la hora que por más oportuna tuviereis.

Se retiró dicho esto, y vinieron el boticario y la camarera llamada Irla, en quien tenía la princesa una entera confianza. Le mandó que trajera seis botellas de vino de Shiraz para cenar, y que hiciera que bebiesen del mismo todos los centinelas que tenían a sus oficiales arrestados, y encomendó luego al boticario que pusiera en todas las botellas ciertas drogas de su botica que hacían dormir por espacio de veinticuatro horas, y que traía siempre consigo. Se hizo puntualmente lo que había mandado. Al cabo de media hora volvió el rey con su capellán mayor; fue la cena muy divertida; el monarca y el sacerdote se bebieron las seis botellas y confesaron que no había vino tan exquisito en Egipto, y la camarera cuidó de que bebieran del mismo los criados que habían servido a la mesa. La princesa se guardó muy bien de probarlo, pretextando que la tenía su médico a dieta. En breve tiempo se quedaron todos dormidos.

Tenía el capellán del rey de Egipto la barba más hermosa que en hombre de su oficio se podía ver. Formosina se la cortó con mucha maña y, cosiéndola luego a una cinta, se la ató a la cara; se vistió con el ropaje del tal capellán y con todas las insignias de su dignidad, disfrazó a su camarera de sacristán de la diosa Isis y, antecogiendo luego sus piedras preciosas y su urna, salió de la posada atravesando los centinelas que estaban dormidos como su rey. La sirvienta había cuidado de tener dos caballos dispuestos. La princesa no se pudo llevar consigo a ningún oficial de su comitiva porque le hubiera arrestado la gran guardia. Pasaron Irla y Formosina por medio de las filas de soldados que, creyendo que la princesa era el sumo sacerdote, le llamaban padre reverendísimo y le pedían la bendición.

En veinticuatro horas llegaron las dos fugitivas a Basora antes que despertara el rey, y dejaron su disfraz que hubiera podido hacerlas sospechosas: fletaron luego una nave que por el estrecho de Ormuz las condujo a la amena playa de Edén, en la Arabia Feliz. Este mismo es aquel Edén cuyos jardines fueron tan célebres que fingieron que eran la mansión de los justos, y fueron la pauta de los Campos Elíseos, de los jardines de las Hespéridas y de las Islas Afortunadas, porque en estos ardientes climas nunca imaginaron los hombres

mayor bienaventuranza que la sombra y el murmullo de las aguas. Vivir en el cielo eternamente con el Ser Supremo, o pasearse en el jardín, en el paraíso, fue una cosa misma para los hombres que siempre hablan sin entenderse y nunca han podido formarse ideas claras ni expresarlas con exactitud.

Luego que se vio la princesa en este país, lo primero en que pensó fue en tributar a su caro pájaro las honras fúnebres que había exigido, y con sus hermosas manos erigió una pira chica de clavo y canela. ¡Cuánto fue su asombro cuando, habiendo esparcido en esta pira las cenizas del pájaro, la vio inflamarse espontáneamente! En un momento se consumió todo, y solo quedó en vez de las cenizas un huevo muy grueso, del cual vio salir a su pájaro más brillante que nunca. Este fue el instante más delicioso que en toda su vida había tenido la princesa: uno solo le podía parecer más grato, pero ansiaba por él sin esperanza de que se realizara.

—Bien veo —dijo al pájaro— que sois el fénix de que tanto me han hablado, y estoy a punto de morirme de gozo y de asombro. No creía en la resurrección, pero mi dicha me ha convencido de su certeza.

—La resurrección, señora —le dijo el fénix—, es la cosa más sencilla de este mundo y no es más portento nacer dos veces que una. Todo en este mundo es resurrección: las orugas resucitan hechas mariposas; un hueso de fruta sembrado resucita en forma de árbol; todos los animales enterrados resucitan convertidos en hierba y alimentan a otros animales de cuya sustancia componen luego parte; todas las partículas componentes de los cuerpos se mudan en seres diferentes. Verdad es que yo soy el único a quien ha otorgado el omnipotente Orosmales la prerrogativa de resucitar en su propia forma y naturaleza.

Formosina, que desde el día que había visto por vez primera al fénix y a Amazan estaba en un asombro perpetuo, le dijo:

—Bien entiendo que el Supremo Ser haya podido formar de vuestras cenizas un fénix parecido a vos; empero que seáis

precisamente la misma persona y tengáis la misma alma, confieso que no lo entiendo con claridad. ¿Qué se ha hecho vuestra alma mientras, después de vuestra muerte, os llevaba yo en mi faltriquera?

—¡Dios mío, señora! ¿No es tan fácil para el grande Orosmales continuar su acción en una pequeña partícula de mí propio como empezar esta acción? Antes me había dado el sentido, la memoria y el pensamiento; ahora me los da de nuevo; que haya subordinado esta prerrogativa a un átomo de fuego elemental oculto en mí o al conjunto de mis órganos, poco importa; jamás ni los hombres ni los fénix sabrán cómo sucede este fenómeno; pero la mayor gracia que me ha otorgado el Ser Supremo es hacer que renazca para servirlos. ¡Ojalá pudiera pasar los veintiocho mil años que me quedan por vivir de aquí a mi primera resurrección futura junto a vos y a mi querido Amazan!

—Fénix mío —le replicó la princesa—, acuérdate que las primeras palabras que en Babilonia me dijiste, y de que nunca me olvidaré, fueron darme esperanza de volver a ver al amado pastor que idolatro. Es necesario que vayamos juntos al país de los gangáridas y que me lo lleve conmigo a Babilonia.

—Ese es mi ánimo —dijo el fénix—; pero no perdamos un momento, vamos en busca de Amazan por el camino más corto, quiero decir, por los aires. En la Arabia Feliz hay dos grifos, íntimos amigos míos, que viven poco más de 150 millas de aquí; les voy a escribir por la posta de palomas y vendrán antes que anochezca. Tiempo tendremos para que nos hagan un canapé muy cómodo con cajones para bastimentos: estaréis muy a gusto en este carruaje en compañía de vuestra doncella. Los dos grifos son los más robustos de su casta y cada uno llevará un brazo del canapé en sus garras; pero repito que son preciosos los instantes.

Se fue al punto con Formosina a mandar hacer el canapé en casa de un ebanista conocido suyo, y en cuatro horas estaba ya concluido. En los cajones metieron panecillos de leche, bizcochos más exquisitos que los de Babilonia, cidras, piñas, cocos, pistachos y

vino de Edén, tan superior al vino de Shiraz como este lo es al de Fuencarral.

Era el canapé tan ligero cuanto sólido y cómodo. Los dos grifos llegaron a Edén a la hora aplazada y Formosina se sentó con Irla en la silla de manos. Los dos grifos la levantaron como si fuese una pluma. El fénix unas veces iba volando al lado y otras se posaba en el respaldo. Dirigieron los grifos el rumbo hacia el Ganges con la velocidad de una flecha que hiende los aires; solo por la noche descansaban un rato para comer y para que bebiesen un trago los dos porteadores.

Al fin llegaron al país de los gangáridas, palpitándole a la princesa el corazón de esperanza, amor y alborozo. Hizo el fénix parar el carruaje a la puerta de la casa de Amazan y dijo que le quería hablar; pero hacía tres horas que se había marchado, sin que nadie supiera adónde.

Ni aun en el idioma de los gangáridas hay términos que basten a manifestar la desesperación de Formosina.

—¡Ay! Esto era lo que yo me temía —dijo el fénix—; las tres horas que en vuestra posada, camino de Basora, habéis pasado con aquel maldito rey de Egipto os han robado, acaso para siempre, la dicha de vuestra vida, porque mucho me temo que hayamos perdido a Amazan sin remedio.

Preguntó entonces a los criados si se podía hablar con su señora madre, y respondieron que había muerto su marido hacía dos días y que no recibía a nadie. El fénix, que tenía mucha influencia en la casa, hizo que descansara la princesa de Babilonia en una sala cuyas paredes estaban vestidas de madera de naranjo con bordes de marfil: los zagales y zagalas vestidos de ropas tálares blancas con guarniciones de color de aurora, le sirvieron en cien canastillos de porcelana cien deliciosos manjares, sin que hubiese en todos ellos ningún cadáver disfrazado; eran arroz, sagú, sémola, fideos, macarrones, huevos con leche, requesones, todo género de pasteles, legumbres, frutas de un aroma y un sabor de que no hay

idea en los otros climas, y una profusión de licores refrigerantes más delicados que los mejores vinos.

Mientras comía la princesa acostada en una cama de rosas, la abanicaban con sus lucidas alas cuatro pavos reales, mudos por fortuna, y le daban música en dos coros doscientos pájaros y cien pastores con otras tantas pastoras; los ruiseñores, los canarios, las currucas y los pinzones cantaban el tiple, y los pastores llevaban el contralto y el bajo; en fin, era la hermosa sencillez de la naturaleza. Confesó la princesa que, si en Babilonia había más magnificencia, era cien veces más agradable la naturaleza en el país de los gangáridas. Pero mientras le daban esta música tan suave y tan deliciosa se estaba deshaciendo en lágrimas, y diciendo a su compañera la joven Irla:

—Estos pastores y pastoras, estos ruiseñores y canarios disfrutan de sus amores, y yo estoy privada del héroe gangárida, digno objeto de mis impacientes y amorosas ansias.

Mientras estaba haciendo este desayuno, y pasmándose y llorando, decía el fénix a la madre de Amazan:

—Señora, no podéis menos que ver a la princesa de Babilonia: ya sabéis...

—Todo lo sé —dijo—, hasta su aventura en la posada, camino de Basora, que me la ha contado esta mañana un mirlo, y este mirlo cruel es la causa de que, desesperado mi hijo, haya perdido el juicio y haya abandonado sus hogares paternos.

—¿Conque no sabéis —replicó el fénix— que me ha resucitado la princesa?

—No, hijo mío, por el mirlo supe que habías muerto, y esto me tenía desconsoladísima, y tan afligida estaba con tu pérdida, con la muerte de mi marido y con la partida arrebatada de mi hijo, que había mandado no dejasen entrar a nadie; pero una vez que me honra la princesa de Babilonia con su visita, dile que entre al punto, que tengo cosas de la mayor gravedad que decirle, y quiero que estés presente.

Fue luego a otra sala a recibir a la princesa a pasos lentos, porque tenía ya unos 300 años de edad, aunque aún estaba de buen parecer, y se echaba de ver que de los 230 a los 240 años había sido muy linda. Recibió a Formosina con una respetuosa dignidad, unida con tanto interés y sentimiento que hizo la más viva impresión en la princesa.

Le dio primero Formosina el pésame por la muerte de su marido.

—¡Ay! —dijo la viuda—, más de lo que pensáis os toca de cerca su pérdida.

—Mucho la siento —dijo Formosina—; era padre de...

Diciendo estas palabras, echó a llorar.

—Solo por él he venido, arrojando mil riesgos; por él he abandonado a mis padres y la corte más brillante del universo: he sido robada por un rey de Egipto a quien detesto; he frustrado a este forzador de doncellas y he atravesado los aires por venir a ver a quien tanto quiero; llego, y él huye de mí.

Las lágrimas y los suspiros le impidieron decir otra cosa. Le respondió entonces la madre:

—Señora, cuando os robaba el rey de Egipto, cuando estabais cenando con él en un mesón, camino de Basora, cuando le escanciaban vuestras manos el vino de Shiraz, ¿no os acordáis de un mirlo que andaba revoloteando por el cuarto?

—Sí, por cierto, ahora hago memoria, no había prestado atención; pero recapacitando mis ideas, bien me acuerdo que cuando se levantó de la mesa el rey de Egipto para darme un beso, se voló el mirlo por la ventana dando un fuerte grito y no se le volvió a ver.

—¡Ay! Señorita —replicó la madre de Amazan—, pues esa justamente es la causa de nuestras desgracias: mi hijo había enviado a ese mirlo a saber de vuestra salud y cuanto sucedía en Babilonia; pensaba volver muy en breve a ponerse a vuestras plantas y consagraros su vida entera, porque es indecible cuánto os adora. Los gangáridas son todos enamorados y fieles, pero mi hijo

es el más rendido y más constante de todos. El mirlo os encontró en la venta donde bebíais con mucha algazara con el rey de Egipto y un maldito capellán: vio finalmente que dabais un beso amoroso a este monarca que había matado al fénix y a quien tiene mi hijo una repugnancia invencible; y poseído de una justa indignación al presenciar esta escena, se voló maldiciendo vuestro fatal amor. Hoy ha vuelto y lo ha contado todo, ¡y en qué instante, santos cielos! Cuando estaba mi hijo lamentando conmigo la muerte de su padre y la del fénix, y cuando sabía de mi boca que es primo hermano vuestro.

—¡Oh cielos, primo mío, señora! ¿Es posible? ¿Por qué accidente? ¿Cómo? ¡Conque es tanta mi dicha, y tanta con ella mi desgracia, que le he ofendido!

—Ya os he dicho que mi hijo es primo vuestro —replicó la madre—, y al instante os voy a dar la prueba; pero cuando gano una parienta me quita esta a mi hijo, porque no podrá sobrevivir al pesar que le ha causado el beso que disteis al rey de Egipto.

—¡Ah, tía! —exclamó la bella Formosina—, por él os juro y por el potente Orosmades que, lejos de ser culpable, era este beso fatal la más alta prueba de amor que podía yo dar a vuestro hijo. Por él desobedecía a mi padre; por él he venido desde el Éufrates al Ganges. Habiendo caído en manos del indigno Faraón de Egipto, solo engañándole podía escaparme de él; testigos son las cenizas y el alma del fénix que iba entonces en mi faltriquera y que no me dejará mentir. Pero, ¿cómo puede ser primo mío vuestro hijo, que ha nacido a orillas del Ganges, cuando mi familia reina en las del Éufrates hace tantos siglos?

—Ya sabéis —le dijo la venerable gangárida— que Doris, vuestro tío, era rey de Babilonia y fue destronado por el padre de Belo.

—Sí, señora.

—También sabéis que Doris su hijo tuvo de su matrimonio a la princesa Doris criada en vuestro palacio. Pues este príncipe perseguido por vuestro padre se vino a refugiar a nuestro venturoso

país, y tomando otro nombre se casó conmigo. De nuestra unión nació el joven príncipe Doris Amazan, el más hermoso, el más esforzado, el más valiente, el más virtuoso de los humanos, y hoy el más desatinado: fue a las fiestas de Babilonia, llevado de la reputación de vuestra beldad; desde entonces os idolatra, y acaso nunca volveré a ver a mi caro hijo.

Diciendo esto, presentó a la princesa todos los documentos de la casa de los Doris, pero apenas se dignó mirarlos Formosina.

—¡Ah! Señora —exclamó—, ¿quién se detiene a examinar lo que desea? Harto crédito os da mi corazón. ¿Mas dónde está Doris Amazan? ¿Dónde mi pariente, mi amante, mi rey? ¿Dónde está mi vida? ¿Qué camino ha llevado? Que iré a buscarle en cuantos globos ha formado el Eterno y que él orna, que iré a la estrella de Canopo, a Sheat y a Aldebarán: allá subiré a probarle mi amor y mi inocencia.

Justificó el fénix a la princesa del delito que le había imputado el mirlo de haber dado un beso amoroso al rey de Egipto; pero se trataba de desengañar y traerse consigo a Amazan. Despachó pájaros por todos los caminos, hizo que recorriesen el país una muchedumbre de unicornios: al cabo supo que se había encaminado Amazan a China.

—Pues vamos a China —exclamó la princesa—, que no está lejos, y dentro de quince días, lo más tarde, espero estar de vuelta con vuestro hijo.

¡Qué de lágrimas vertieron al decir estas palabras la madre gangárida y la princesa de Babilonia! ¡Qué de tiernos abrazos y cuán de corazón se dieron! Al punto dispuso el fénix poner un coche con seis unicornios. La madre le dio doscientos jinetes y regaló a su sobrina, la princesa, algunos miles de los más hermosos diamantes del país; y el fénix, afligido con los males que había traído la imprudencia del mirlo, hizo mandar por un bando a todos los mirlos que saliesen desterrados, y desde entonces no se ha visto uno a orillas del Ganges.

§ V

En menos de ocho días llevaron los unicornios a Cambalú, capital de China, a Formosina, a Irla y al fénix. La ciudad era mayor que Babilonia y de una magnificencia que en nada se le parecía. Formosina se hubiera complacido con el espectáculo de estos nuevos objetos y nuevas costumbres si hubiera podido pensar en otra cosa que en su Amazan.

Luego que supo el emperador de China que estaba la princesa de Babilonia a una de las puertas de la ciudad, le despachó cuatro mil mandarines en traje de ceremonia; todos se postraron en su presencia y le ofreció cada uno un cumplido escrito en letras de oro en un pliego de seda color escarlata. Les dijo Formosina que, si tuviera cuatro mil lenguas, sobre la marcha respondería a los cuatro mil mandarines; pero que, como no tenía más que una, les suplicaba que se diesen por satisfechos si les daba las gracias a todos en general. Luego la llevaron con mucho respeto al palacio del emperador.

Era este el monarca más justo, más urbano y más cuerdo de la tierra: él fue el primero que labró un campo pequeño con sus manos imperiales para que su pueblo respetase la agricultura; el primero que fundó recompensas para la virtud, cuando en los demás países se ceñían torpemente las leyes a castigar los delitos. Acababa de expulsar de sus estados a una turba de bonzos extranjeros venidos de los extremos de Occidente con la desatinada idea de forzar a toda China a que pensara como ellos, y que con pretexto de anunciar verdades ya habían granjeado riquezas y honores. Cuando los echó, les dijo estas palabras terminantes, archivadas en los anales del imperio:

«Aquí pudierais hacer tanto mal como en otras partes habéis hecho: habéis venido a predicar dogmas de intolerancia en la nación más tolerante de la tierra. Os echo por no verme precisado a castigaros. Os volverán a conducir con honor hasta mis fronteras, y

os darán todo lo necesario para volveros a los linderos del hemisferio de donde habéis venido. Id en paz, si podéis vivir en paz, y no volváis más.»

La princesa de Babilonia supo con mucha satisfacción esta decisión y estas palabras del monarca, asegurándose de ser bien vista en su corte, porque estaba muy lejos de profesar dogmas intolerantes. El emperador de China comió con ella a solas, y fue tan cortés que desterró todo el engorro de una etiqueta incómoda. Formosina le presentó el fénix, al cual acarició mucho el emperador, y al fin de la comida le confesó sin rebozo el motivo de su viaje y le rogó que mandase buscar en Cambalú al bello Amazan, contándole las aventuras de este, sin ocultarle cuán enamorado estaba su corazón del joven héroe.

—¿A quién se lo decís? —le respondió el emperador de China—; ese amable Amazan me ha hecho el favor de venir a mi corte y me ha embelesado. Verdad es que está profundamente afligido, pero eso hace más interesantes sus gracias. Ninguno de mis validos es más discreto; ningún mandarín togado posee más vasto saber; ningún mandarín militar tiene más aire marcial y más heroico, y su mucha juventud da nuevo lustre a todas sus habilidades. Si fuera yo tan desdichado, tan abandonado del Tien y del Changti, que quisiera ser conquistador, le rogaría que se pusiera al frente de mis ejércitos y estaría seguro de triunfar del orbe entero: lástima es que su pesar le haya vuelto un poco loco.

—¡Ah, señor! —le dijo Formosina, inflamado el semblante y con tono de mujer resentida, pesarosa y sobrecogida—, ¿por qué no le habéis convidado a comer conmigo? Me estáis dando mil muertes; mandadle llamar al punto.

—Señora, esta mañana se ha ido sin decir adónde se encaminaba.

Volviéndose entonces Formosina al fénix, le dijo:

—¿Has visto, fénix mío, doncella más desgraciada que yo? Pero, señor —continuó—, ¿cómo y por qué ha dejado una corte tan culta

como la vuestra, donde me figuro yo que quisiera cualquiera pasar su vida?

—El caso, señora, ha sido que se ha enamorado de él una princesa de la sangre, de las más hermosas, y le ha citado para las doce del día en su casa; pero él se ha ido al amanecer, dejando esta esquela que ha costado a mi parienta amargos llantos:

«Bella princesa de la sangre china, merecéis un corazón que nunca haya sido de otra que vos, y yo he hecho voto a los dioses inmortales de no amar a ninguna otra que a Formosina, princesa de Babilonia, y de enseñarle cómo puede uno domar sus apetitos en sus viajes. Ha tenido ella la desgracia de rendirse a un indigno rey de Egipto, y yo soy el más desventurado de los hombres. He perdido a mi padre y al fénix y la esperanza de ser amado de Formosina; he dejado a mi desconsolada madre y mi patria, no pudiendo vivir un instante en los lugares donde he sabido que Formosina estaba prendada de otro que de mí; he jurado recorrer el mundo y serle fiel. Vos me despreciaríais, y los dioses me castigarían si violase mi juramento: escoged un amante, señora, y sedle tan fiel como yo.»

—¡Ah! Dejadme esa asombrosa carta —dijo la bella Formosina—, que será mi consuelo: en mi desgracia soy feliz. Amazan me quiere, Amazan renuncia por mí a la posesión de las princesas chinas. Solo él en la tierra es capaz de alcanzar tan alta victoria. Un gran ejemplo me da: bien sabe el fénix que yo no lo necesitaba: triste cosa es verse privada de su amante por el beso más inocente dado por mera fidelidad. Pero en fin, ¿adónde ha ido? ¿Qué camino lleva? Dignaos decírmelo y parto al instante.

Le respondió el emperador de China que, según los avisos que le habían dado, creía que su amante había seguido un camino que iba a parar a Escitia. Al punto uncieron a los unicornios y la princesa, habiéndole hecho los más afectuosos cumplidos, se despidió del emperador y se fue con el fénix, su camarera Irla y toda su comitiva.

Luego que llegó a Escitia, vio más que nunca cuánto se diferencian los hombres y los gobiernos, y se diferenciarán siempre,

hasta que algún pueblo más ilustrado que los otros comunique progresivamente la luz después de mil siglos de tinieblas, y hasta que se encuentren en bárbaros climas ánimos heroicos que tengan suficiente fuerza y perseverancia para convertir los brutos en hombres. En Escitia no había ciudades, ni por consiguiente artes agradables; solo se veían vastos prados y naciones enteras bajo tiendas o encima de carros: este aspecto causaba espanto.

Preguntó Formosina en qué tienda o carreta vivía el rey y le dijeron que hacía ocho días se había puesto en camino al frente de trescientos mil jinetes para salir al encuentro al rey de Babilonia, cuya sobrina, la hermosa Doris, se había traído robada.

—¡A mi prima ha robado! —exclamó Formosina—; no sabía yo esta nueva aventura. ¡Conque mi prima, que se tenía por muy dichosa con hacerme la corte, es reina y yo todavía no estoy casada!

Incontinenti hizo que la condujeran a las tiendas de la reina.

Su inesperada reunión en estos remotos climas, las cosas extrañas que recíprocamente se tenían que decir, dieron a su conferencia cierto embeleso que fue parte a que se olvidaran de que nunca se habían querido. Se volvieron a ver con gran júbilo; se sustituyó una ilusión halagüeña a un cariño sincero; se abrazaron llorando y se hablaron con lisura y cordialidad, visto que no era la conferencia en un palacio.

Reconoció Doris a la confidenta Irla y al fénix, y regaló pieles de cebellina a su prima, la cual le dio diamantes. Hablaron de la guerra que emprendían ambos reyes y se condolieron de la suerte de los hombres que por antojo envían los monarcas a que se quiten la vida por contiendas que dos árbitros honrados podrían conciliar en una hora; pero particularmente razonaron del bello extranjero, vencedor de leones, dador de los diamantes más gruesos del universo, compositor de versos, poseedor del fénix y el más desventurado de los hombres por la habladuría de un mirlo.

—Ese es mi querido hermano —decía Doris.

—Es mi amante —exclamó Formosina—; sin duda que le has visto y acaso está todavía aquí; porque ya sabes, prima, que es hermano tuyo, y no te habrá dejado de repente como ha hecho con el rey de China.

—¡Que si le he visto, dioses santos! —replicó Doris—; cuatro días enteros ha pasado conmigo. ¡Ah, prima, qué digno de compasión es mi hermano! Un aviso falso le ha vuelto enteramente loco y anda corriendo el mundo sin saber adónde va. Figúrate que es tanto su frenesí, que no ha admitido los favores de la más hermosa mujer de toda Escitia: ayer partió después de escribirle una carta que la ha desesperado, y se fue al país de los Cimerios.

—Bendito sea Dios —dijo Formosina—, nuevo desdén en gloria mía: mi ventura excede mis esperanzas, como mi desgracia excede mis temores. Manda que me den esa preciosa carta y me voy en su seguimiento. Adiós, prima, Amazan está en el país de los Cimerios, allá voy volando.

A Doris le pareció que su prima la princesa era todavía más loca que su hermano Amazan; pero como ella misma había sentido los tiros de esta epidemia, como por seguir al rey de los Escitas había abandonado las delicias y la magnificencia de Babilonia, y como siempre toman interés las mujeres en las locuras que causa el amor, la enterneció de veras Formosina, le deseó feliz viaje y le prometió que la pondría bien con su hermano si tenía la dicha de volverle a ver.

§ VI

En breve llegaron la princesa de Babilonia y el fénix al imperio de los Cimerios, a la verdad mucho menos poblado que China, pero el doble de dilatado, parecido en otro tiempo a Escitia, y que en pocos

años había florecido tanto como los reinos que se preciaban de instruir a los demás estados.

Después de algunos días de marcha entraron en una ciudad inmensa que hacía embellecer la emperatriz reinante; pero no se hallaba a la sazón en ella, porque hacía un viaje desde las fronteras de Europa a las de Asia para conocer por sus propios ojos sus estados, juzgar las dolencias y aplicar los remedios, aumentar las ventajas y propagar la instrucción.

Informado uno de los principales oficiales de esta antigua capital del arribo de la dama babilonia y el fénix, fue a tributar sus homenajes a la princesa y le hizo cuanto agasajo fue posible, persuadido de que su soberana, que era la reina más cortés y magnífica, se daría por muy satisfecha de que recibiese a tan alta señora con las mismas atenciones que ella propia hubiera hecho. Fue hospedada Formosina en palacio, apartando a la importuna muchedumbre, y le dieron fiestas muy ingeniosas. Un señor cimerio, que era gran naturalista, razonó largamente con el fénix mientras estaba retirada la princesa en su albergue. Le confesó el fénix que había viajado algún tiempo hacía por Cimeria y no conocía el país.

—¿Cómo se han podido efectuar en tan corto tiempo —decía— tan portentosas mudanzas? No hace trescientos años que vi aquí la naturaleza silvestre con todos sus horrores, y hoy encuentro las artes, el esplendor, la urbanidad y la gloria.

—Un hombre solo —respondió el cimerio— acometió tamaña empresa, y una mujer le ha dado cima; una mujer ha sido mejor legisladora que la Isis de los egipcios y la Ceres de los griegos. La mayor parte de los legisladores se han conducido por un mezquino y despótico ingenio, que ha limitado sus planes al país que gobernaban; todos han considerado sus pueblos como si fueran los únicos en la tierra, o como enemigos naturales de lo demás del mundo, y han formado instituciones para estos pueblos solos, introducido estilos peculiares de ellos solos y fundado religiones exclusivas de ellos solos. Así se han embrutecido y deshonorado con sus bárbaras supersticiones los egipcios, tan célebres por sus

montones de piedras; piensan estos que son profanas las demás naciones, no tienen comunicación con ellas y, exceptuando la corte, donde uno que otro arrostra las vulgares preocupaciones, no hay egipcio que coma en un plato que haya servido a un extranjero. Sus sacerdotes son absurdos y crueles, y más valiera no tener leyes, ni escuchar más que a la naturaleza —la cual ha grabado en nuestros corazones los caracteres de la justicia y la injusticia— que sujetar a tan insociables leyes la sociedad. Proyectos diametralmente opuestos son los que abraza nuestra emperatriz. Su vasto Estado, donde se vienen a reunir todos los meridianos, lo contempla como habiendo de corresponder con todos los pueblos que habitan en estos diferentes meridianos. Su primera ley ha sido la tolerancia de todas las religiones y la compasión de todos los errores que ha conocido su vasto ingenio, pues si son distintos los cultos, en todas partes es una misma la moral; fundándose en este principio ha estrechado con todas las naciones del mundo la suya, y los cimerios mirarán como hermanos al escandinavo y al chino. Más ha hecho: ha querido que se estableciese en las naciones comarcas esta tolerancia preciosa, primer vínculo de los humanos; y habiendo así merecido el título de madre de la patria, se granjeará si persevera el de bienhechora del linaje humano. Antes, unos hombres que por desgracia eran poderosos, enviaban ejércitos de homicidas a talar pueblos inocentes y bañar en sangre de sus hijos los paternos campos; estos asesinos se apellidaban héroes, y sus latrocinios eran calificados de glorias. Otras son las glorias de nuestra soberana, que ha puesto en marcha ejércitos para poner en paz, para estorbar que se hagan mal los hombres y forzarlos a que se toleren unos a otros, y han sido sus insignias las de la pública concordia.

Embelesado el fénix con cuanto le decía este señor, le respondió:

—Veintisiete mil novecientos años y siete meses hace que vivo en el mundo, y no he visto todavía cosa que a lo que contáis de comparar sea.

Pidióle luego nuevas de su amigo Amazan, y le contó el cimerio otro tanto que lo que habían dicho a la princesa en China y Escitia:

Amazan se escapaba de cuantas cortes visitaba en cuanto alguna dama le daba una cita a la cual recelaba no poder resistir. Luego informó el fénix a Formosina de esta nueva prueba de fidelidad que le daba Amazan, cosa más admirable que no podía sospechar que llegara nunca a noticia de su princesa.

Se había partido para Escandinavia. En estos climas se ofreció un nuevo espectáculo a sus ojos; aquí subsistían juntas la libertad y la monarquía por un vínculo que en otros estados parece impracticable; participaban los labradores de la legislación no menos que los magnates del reino, y un príncipe joven daba las más altas esperanzas de ser digno del cetro de una nación libre. Más allá se veía un espectáculo más raro: el único rey despótico de derecho en el mundo, por un pacto formal hecho con su pueblo, era al mismo tiempo el más mozo y el más justo de los reyes.

En Sarmacia vio Amazan a un filósofo en el trono; podía llamársele rey de la anarquía, porque era caudillo de cien mil reyezuelos que con una palabra sola tenían facultad para aniquilar las decisiones de todos los demás. No era más leve el afán de Eolo en contener a todos los vientos que pelean sin cesar que el de este monarca en conciliar los ánimos. Era un piloto cercado de eternas tormentas y, no obstante, no zozobraba la nave porque el príncipe era aventajado marino.

Corriendo todos estos países tan distintos de su patria, desechaba Amazan con imperturbable constancia cuantos lances de amor se le presentaban, desesperado siempre por el beso que había dado Formosina al rey de Egipto, y firme siempre en su incomprensible resolución de dar a Formosina ejemplo de incontrastable y nunca desmentida fe. Seguía sin cesar sus huellas la princesa de Babilonia con el fénix, y llegaba siempre uno o dos días después que Amazan había dejado el país, sin que se cansara este de andar ni perdiera la princesa un momento en seguirle.

Así atravesaron toda Alemania, asombrándose de los progresos que hacían en el Norte la razón y la filosofía. Todos los príncipes eran instruidos y todos autorizaban la libertad de pensar; no se

había fiado su educación a hombres interesados en engañarlos o engañados ellos mismos, sino que los habían criado enseñándoles a respetar la moral universal y despreciar la superstición. En todos estos estados se había abolido una práctica desatinada que enflaquecía y despoblaba los Estados meridionales, y era la de enterrar vivos en vastas mazmorras a personas de ambos sexos separadas para siempre de las del otro, haciéndolas que jurasen que no comunicarían nunca con las del otro sexo; exceso de frenesí acreditado por espacio de muchos siglos, y que tanto como las más sangrientas guerras había asolado la tierra. Al fin habían conocido los príncipes del Norte que para tener buenos potros no se habían de separar los caballos de las yeguas. Otros errores habían destruido no menos extravagantes y perniciosos. Al fin se atrevían los hombres a ser racionales en estos vastos países, mientras en otras partes creían que no era posible gobernarlos sin que fuesen estúpidos.

§ VII

Llegó Amazan al país de los Batavos, y en medio de su pesar sintió algún alivio en su corazón al ver un rasgo del país de los venturosos gangáridas: la libertad, la igualdad, el aseo, la abundancia y la tolerancia; pero eran tan frías las damas que ninguna le hizo propuestas, como le había sucedido en las demás partes, y así no tuvo el mérito de la resistencia. Si hubiera querido acometer, habría vencido a todas estas damas una tras otra sin que ninguna le hubiera querido, pero estaba muy lejos de meditar conquistas.

Por poco le alcanza Formosina en esta nación; pocos minutos hacía que se había marchado. Oyó hablar a los batavos con tales elogios de cierta isla llamada Albión, que se resolvió a embarcarse con sus unicornios en una nave que, con un viento propicio, le puso en cuatro horas en las playas de este pueblo más célebre que Tiro y la isla Atlántida.

A la sazón la bella Formosina, que le había seguido a las orillas del Dvina, del Vístula, del Elba y el Weser, llegaba a las bocas del Rin, cuyas raudas ondas desembocaban entonces en el mar Germánico. Le dicen que su caro amante ha zarpado para las playas de Albión, cree que ve su nave, da gritos de júbilo que pasmaron a todas las damas batavas, que no entendían cómo podía un mozo causar tanta alegría. Del fénix hicieron muy poco aprecio, porque creyeron que verosímilmente no se venderían tan caras sus plumas como las de los ánades y gansos de sus pantanos.

Fletó la princesa dos embarcaciones para ir con toda su gente a esta isla feliz, que iba a poseer el objeto de todas sus ansias, el alma de su vida, el dios de su corazón. De repente se levantó un funesto viento de Poniente al tiempo que saltaba a tierra en Albión el desgraciado y fiel Amazan, y los navíos de la princesa no pudieron levar anclas. Se le oprimió el corazón a Formosina; se apoderó de ella una melancolía profunda y un dolor amargo; se metió en la cama ínterin mudaba el viento, pero arreció con terrible violencia por espacio de ocho días enteros. Mientras duró este siglo de ocho días, leía Irla novelas a la princesa, no porque los batavos las supiesen componer, pero como eran los regatones de todo el universo, vendían el ingenio de las demás naciones lo mismo que sus géneros. Mandó comprar la princesa todos los cuentos que habían escrito los Ausonios y los Velchas, y que con mucha cordura estaba prohibido que se vendieran en estos pueblos para enriquecer a los batavos. Creía que encontraría en estas historias alguna aventura que se pareciese a la suya y calmase su pena. Leía Irla, y daba su dictamen el fénix, mas ni en *La casita en el bosque*, ni en el *Conde de Cominges* pudo hallar la princesa cosa que algún aire a sus aventuras se diese, y a cada paso interrumpía la lectura para preguntar de dónde soplaba el viento.

§ VIII

En tanto ya estaba Amazan en camino de la capital de Albión, en su coche de seis unicornios, pensando en su princesa, cuando advirtió un carruaje atascado en un lodazal; los criados se habían ido a buscar quien les ayudase, y el dueño del carruaje estaba dentro de él muy sosegado, sin dar señas de impaciencia y fumando, porque entonces fumaban. Se llamaba milord What-then, que quiere decir "milord Qué-importa" en la lengua en que traducimos estas memorias. Acudió volando Amazan a su socorro, y él solo sacó del atolladero el carruaje; tantas ventajas llevaba en fuerza a los demás hombres. Milord Qué-importa no dijo más que:

—Este hombre es muy robusto.

Habiendo acudido unos zafios de la vecindad, se enfadaron porque los habían llamado inútilmente y echaron la culpa al extranjero, amenazándole y llamándole "perro extranjero", y le quisieron pegar. Cogió Amazan a dos en cada mano y los arrojó a veinte pasos; los otros le respetaron, le saludaron y le pidieron para refrescar, y Amazan les dio más dinero que nunca habían visto. Milord Qué-importa le dijo:

—Os estimo mucho, venid a comer conmigo en mi casa de campo, que dista tres millas.

Y subió al carruaje de Amazan, porque el suyo se había descompuesto.

Después de un cuarto de hora, miró milord un rato a Amazan y le dijo:

—How d'ye do? —que significa "¿cómo hacéis hacer?", y en la lengua del traductor, "¿cómo os va?"; cosa que no quiere decir nada en lengua ninguna; luego añadió—: Bonitos son vuestros unicornios.

Y se puso otra vez a fumar.

Díjole el caminante que estaban para servirle, y que había venido con ellos del país de los gangáridas, y luego le contó quién era la princesa de Babilonia y el beso fatal que al rey de Egipto había dado, a lo cual no replicó el otro una palabra, no dándosele un bledo de que hubiese en el mundo un rey de Egipto ni una princesa de Babilonia. Se quedó luego otro cuarto de hora sin hablar, al cabo del cual volvió a preguntar a su compañero cómo "hacía hacer" y si se comía buen *roast beef* en el país de los gangáridas. Le respondió con su acostumbrada urbanidad el viajero que a orillas del Ganges nadie se comía a sus hermanos, y le explicó el sistema que tantos siglos después profesaron Pitágoras, Porfirio y Jámblico; con lo cual se quedó milord dormido y se pasó en un sueño lo restante del camino hasta que llegó a su casa.

Tenía una mujer joven y hermosa, a la que había dotado la naturaleza de alma tan viva y sensible cuanto era indolente la de su marido; aquel día habían venido muchos señores albioneses a comer con ella, y los había de toda especie de caracteres, porque habiendo sido casi siempre regido el país por extranjeros, las familias que habían venido con estos príncipes habían traído costumbres diversas. En la compañía se hallaban sujetos muy amables, otros de superior ingenio y algunos de un profundo saber. El ama de la casa nada tenía de aquel aire desmañado, afectado y estirado, de aquella desagradable cortedad que echaban entonces en cara a las mujeres jóvenes de Albión; no escondía con un ademán desdeñoso y un silencio afectado la esterilidad de sus ideas y la engorrosa confusión de no saber qué decir; no había mujer más halagüeña. Amazan fue recibido por ella con la urbanidad y la gracia que le eran tan naturales. La mucha belleza del extranjero y la pronta comparación que de él hizo con su marido le impactaron profundamente.

Cuando sirvieron, puso a su lado a Amazan y le sirvió púdines de toda especie, habiendo sabido de su boca que no se alimentaban los gangáridas con nada que hubiese recibido de los dioses el celestial don de la vida. Su hermosura, su fuerza, las costumbres de los gangáridas, los progresos de las artes, la religión y el gobierno dieron pábulo a una conversación tan amena como instructiva

durante la comida, que duró hasta la noche, y en la cual bebió mucho milord Qué-importa y no habló una palabra.

Después de comer, mientras echaba *milady* el té, devorando con los ojos al mozo, conferenciaba este con un miembro del Parlamento, porque todos saben que ya entonces había un Parlamento que llamaban *Witenagemot*, que significa "la asamblea de los hombres de talento". Se informaba Amazan de la constitución, las costumbres, las leyes, la fuerza, los estilos, las artes que tan recomendable hacían a este país, y este señor le dijo así:

—Largo tiempo hemos andado desnudos, puesto que no es nada caliente nuestro clima; largo tiempo hemos sido tratados como esclavos por hombres venidos de la antigua tierra de Saturno, regada de las ondas del Tíber; pero nosotros mismos nos hemos causado más graves perjuicios que cuantos nos habían acarreado nuestros primeros vencedores. Uno de nuestros reyes fue tan soez que se declaró vasallo de un sacerdote que vivía también a orillas del Tíber, llamado el Viejo de las Siete Montañas; tanto tiempo ha sido el destino de las siete montañas dominar en una vasta porción de la Europa habitada a la sazón por brutos. Después de esta época de envilecimiento vinieron otros siglos de ferocidad y anarquía. Más borrascosa nuestra tierra que los mares que la cercan, fue saqueada y ensangrentada por nuestras discordias; muchas testas coronadas perdieron la vida en un patíbulo, y más de cien príncipes de sangre real ensangrentaron los cadalsos, arrancaron el corazón a todos sus partidarios y los abofetearon con él. Al verdugo competiría escribir la historia de nuestra isla, porque él era quien zanjaba las contiendas importantes. Poco tiempo hace que, por colmo de horror, algunas personas que llevaban capas negras, y otras que se ponían una camisa blanca encima de la chupa, fueron mordidas por perros rabiosos y pegaron la rabia a toda la nación. Todos los ciudadanos fueron matadores o degollados, verdugos o ajusticiados, forajidos o esclavos, en nombre del cielo y buscando al Señor. ¿Quién creyera que de este espantoso piélago, de este caos de disensiones, atrocidades, ignorancia y fanatismo, hubiese de resultar al fin el gobierno más perfecto acaso que hoy se encuentra en el mundo? Un

rey respetado y rico, todopoderoso para hacer el bien, sin poder para el mal, es el caudillo de una nación libre, ilustrada, belicosa y comerciante, y participan con el monarca en la legislación por una parte los magnates, y por otra los representantes de las ciudades. Por una rara fatalidad habíamos visto disturbios, guerras civiles, la anarquía y la miseria cuando aspiraban los reyes al poder arbitrario; el sosiego, la riqueza y la felicidad pública han reinado entre nosotros desde que han conocido los monarcas que no eran absolutos; todo estaba subvertido cuando disputábamos acerca de cosas ininteligibles, y todo está en orden desde que las despreciamos. Nuestras victoriosas escuadras llevan nuestra gloria a todos los mares y las leyes afianzan nuestros bienes; nunca puede explicarlas a su antojo un juez, nunca se da una sentencia sin señalar el motivo, y castigaríamos como asesinos a jueces que fuesen osados a condenar a muerte a un ciudadano sin manifestar los testimonios que le acusan y la ley que le condena. Verdad es que hay constantemente entre nosotros dos partidos que pelean con la pluma y con enredos; pero siempre se reúnen en cuanto se trata de tomar armas en defensa de la patria y la libertad. Los dos partidos se celan uno a otro, se estorban recíprocamente violar el sagrado depósito de las leyes y se aborrecen, pero aman el Estado; son amantes celosos que obsequian a competencia a una misma dama. Con el mismo espíritu que ha hecho que conozcamos y sustentemos los derechos de la naturaleza humana, hemos adelantado las ciencias hasta la última meta a que puedan llegar entre los humanos. Vuestros egipcios, que por tan grandes mecánicos están reputados; vuestros indios, que por tan consumados filósofos se tienen; vuestros babilonios, que se alaban de haber observado los astros por espacio de cuatrocientos treinta mil años, y los griegos, que tantas frases y tan pocas cosas han escrito, no saben absolutamente nada si se comparan con el menor estudiante que ha estudiado los descubrimientos de nuestros grandes maestros. Más secretos hemos robado a la naturaleza en el intervalo de cien años que los que había descubierto el linaje humano en la muchedumbre de los siglos. Tal es la situación en que nos hallamos: no os he

disimulado ni lo bueno ni lo malo, ni nuestra gloria ni nuestros oprobios, y no he abultado nada.

Al oír Amazan este razonamiento, sintió en sí un vivo deseo de instruirse en las sublimes ciencias de que le hablaban, y si no hubieran podido más en su lastimado pecho su amor a la princesa de Babilonia, su filial respeto a la madre que había abandonado y el amor de su patria, habría querido quedarse a vivir en la isla de Albión; pero aquel infausto beso que había dado al rey de Egipto su princesa no le dejaba suficiente desahogo en el ánimo para estudiar las sublimes ciencias.

—Os confieso —dijo— que habiéndome impuesto el precepto de recorrer el mundo y de evitarme a mí propio, se ha excitado en mí la curiosidad de ver esa antigua tierra de Saturno, ese pueblo del Tíber y las siete montañas que os sojuzgó en otro tiempo; sin duda ha de ser el primer pueblo de la tierra.

—Os aconsejo —replicó el albionés— que emprendáis ese viaje si sois algo aficionado a la música y a la pintura. Con mucha frecuencia nos sucede a nosotros transportar nuestro fastidio a las siete montañas; mas os quedaréis pasmado cuando veáis a los descendientes de nuestros vencedores.

Fue larga la conversación, y puesto que tenía algo dañado el corazón el hermoso Amazan, hablaba con tanta gracia, era tan dulce el metal de su voz y tan noble y expresiva su facha, que no pudo menos de hablarle a solas el ama de casa apretándole amorosamente la mano y mirándole con húmedos y encendidos ojos que avivaban los deseos en todos los muelles de la vida. Hizo que se quedase a cenar y a dormir, y cada palabra, cada instante, cada mirada de Amazan inflamaba su pasión. Luego que se retiró la gente le escribió una esquela, no dudando de que viniera a obsequiarla a su cama mientras dormía en la suya milord Qué-importa. Todavía tuvo Amazan valor para resistirse; tan portentosa eficacia tiene un "no sé qué" de locura en los ánimos esforzados y que han recibido una honda herida. Respondió Amazan a la dama con mucho respeto como acostumbraba, y representándole la santidad de su juramento

y la forzosa obligación en que se veía de enseñar a la princesa de Babilonia a vencer sus pasiones. Al punto mandó uncir sus unicornios y se volvió a Batavia, dejando absorta a toda la compañía y desesperada al ama de casa, que vencida del dolor dejó caer la carta de Amazan; y al otro día por la mañana la leyó milord Qué-importa, y encogiéndose de hombros dijo: "¡Qué de insulsas boberías!", y se fue a cazar zorras con algunos borrachos vecinos suyos.

Ya iba Amazan sesgando los mares con un mapa geográfico que le había regalado el docto albionés con quien había conferenciado en casa de milord Qué-importa, y contemplaba absorto una vasta porción de tierra en un pliego de papel. Erraban sus ojos y su imaginación en este estrecho recinto; miraba el Rin, el Danubio, los Alpes del Tirol, señalados entonces con otros nombres, y todos los países por donde había de pasar antes de llegar a la ciudad de las siete montañas; pero sobre todo detenía su vista en el país de los gangáridas, en Babilonia, donde había visto a su cara princesa, y en el fatal país de Basora, donde había estado dando un beso al rey de Egipto. Suspiraba, vertía lágrimas; pero confesaba que había tenido razón el albionés que le había regalado el universo en miniatura al decir que sabían mil veces más a orillas del Támesis que a las del Nilo, el Éufrates y el Ganges.

Cuando él se volvía a Batavia, Formosina volaba hacia Albión con sus dos navíos que navegaban a velas desplegadas. El de Amazan y el de la princesa se cruzaron y casi se tocaron; los dos amantes se hallaban el uno junto al otro y no lo podían saber. ¡Ah, si lo hubiesen sabido! Mas no lo permitió el rigor del destino.

§ IX

Luego que desembarcó Amazan en el llano y cenagoso terreno de Batavia, partió como un rayo a la ciudad de las siete montañas. Tuvo

que atravesar la parte meridional de Germania, donde encontraba de cuatro en cuatro millas con un príncipe y una princesa, sus damas de honor y pordioseros. Se pasmaba de los requiebros que con toda la ingenuidad germánica le decían las damas y las doncellas, y respondía con modestas repulsas.

Atravesó los Alpes y, embarcándose en el mar de Dalmacia, arribó a una ciudad que en nada se parecía a cuanto hasta entonces había visto. Las calles las formaba el mar, estaban edificadas las casas en el agua; las pocas plazas públicas que ornaban la ciudad estaban llenas de hombres y mujeres que tenían dos caras, la que les había dado la naturaleza y otra de cartón mal pintado que se ponían encima, de suerte que la nación parecía compuesta de espectros. Lo primero que hacían los extranjeros que llegaban al país era comprar una cara, como se compran en otras partes zapatos y gorros. Amazan no se quiso sujetar a una moda contra lo natural y se presentó como él era. En la ciudad había doce mil mozas matriculadas en el libro grande de la república; mozas provechosas al Estado, encargadas del comercio más útil y agradable que puede enriquecer una nación. Los comerciantes despachaban, a mucha costa y con mucho riesgo, tejidos al Oriente, y estas hermosas comerciantes, sin riesgo ninguno, traficaban con su hermosura sin perderla. Todas se vinieron a presentar al bello Amazan, ofreciéndole escoger; pero él se escapó pronunciando el nombre de la incomparable princesa de Babilonia y jurando por los dioses inmortales que era más hermosa que las doce mil muchachas venecianas todas juntas.

—Sublime bribona —exclamaba arrebatado—, yo te enseñaré a que seas fiel.

Finalmente, las amarillentas ondas del Tíber se le presentaron a la vista con sus pestilenciales pantanos, sus macilentos, flacos y pocos moradores cubiertos de viejas túnicas agujereadas, por donde se veía su seca y curtida piel. Este fue el anuncio de que estaba a las puertas de la ciudad de las siete montañas, ciudad de héroes y legisladores que habían conquistado y civilizado una vasta porción

del globo. Se había figurado que vería en la puerta triunfal quinientos batallones mandados por héroes, y en el Senado una asamblea de semidioses dictando leyes a la tierra, y se redujo todo el ejército que vio a unos treinta pillos que hacían centinela con un quitasol por miedo al calor. Entrando luego en un templo que le pareció muy hermoso, aunque no tanto como el de Babilonia, extrañó mucho oír una música ejecutada por hombres que tenían voces de mujer.

—Donoso país —dijo— es esta antigua tierra de Saturno. Una ciudad he visto donde nadie enseña su cara, y en esta los hombres no tienen ni barba ni voz viril.

Le dijeron que estos cantores no eran hombres, y que los habían despojado de su virilidad para que cantasen con más perfección los loores de una portentosa muchedumbre de sujetos de mérito. Amazan no entendió qué quería decir esto; estos caballeros le rogaron que cantase, y cantó un aria gangárida con su acostumbrada gracia: era su voz un hermoso contralto.

—¡Ah, monseñor —le dijeron—, qué hermoso soprano fuerais si...!

—¿Cómo si...? ¿Qué es eso de si?

—¡Ah, monseñor!

—¿Y qué más?

—Si no tuvierais barba.

Le explicaron entonces con mucha gracia y con señas muy graciosas, como ellos acostumbran, lo que querían decir. Confuso Amazan, dijo:

—Mucho mundo he corrido, mas nunca había oído extravagancia semejante.

Acabado el cántico, salió con mucha pompa el Viejo de las Siete Montañas a la puerta del templo y cortó en cuatro partes el aire con el dedo pulgar levantado, otros dos extendidos y dos doblados, diciendo en una lengua que nadie hablaba ya: "Al pueblo y al

Universe" (*urbi et orbi*). No podía entender el gangárida que dos dedos alcanzasen tanto.

Luego vio pasar toda la corte del dueño del mundo, que se componía de sujetos graves, los unos con ropajes encarnados y los otros con morados; casi todos le miraban con amorosos ojos y le hacían cortesías, diciendo uno a otro:

—¡San Martino, che bel ragazzo! ¡San Pancraccio, che bel fanciullo!

Los ardientes, que tenían por oficio enseñar a los forasteros las cosas curiosas de la ciudad, le hicieron ver unos escombros donde no querría un mozo de mulas pasar la noche, pero que eran en tiempos antiguos dignos monumentos de la grandeza del pueblo rey. También vio retablos de doscientos años y estatuas de más de veinte siglos, que le parecieron obras maestras.

—¿Hacéis todavía obras como esas?

—No, excelentísimo —le respondió uno de los ardientes—; pero tenemos en poco a lo demás de la tierra, porque conservamos estas rarezas, siendo una especie de ropavejeros que nos ufanamos con los trajes viejos que nos quedan en los almacenes.

Quiso Amazan ver el palacio del príncipe, y habiendo ido a él, vio a unos hombres vestidos de morado que contaban el dinero de los caudales del Estado: tanto por una tierra sita en el Danubio, tanto por otra en el Loira, o en el Guadalquivir, o el Vístula.

—¡Oh, oh! —dijo Amazan, consultando su mapa geográfico—, ¿conque es todavía vuestro amo dueño de toda Europa, como los héroes antiguos de las siete montañas?

Un morado le respondió:

—Por derecho divino había de serlo de todo el orbe, y tiempos hubo en que anduvieron sus antecesores muy a los alcances de la monarquía universal; pero sus sucesores son tan buenos que se contentan hoy con un poco de dinero que en forma de tributo les pagan los reyes sus vasallos.

—¿Conque efectivamente es vuestro amo el rey de los reyes y es ese su título? —dijo Amazan.

—No, excelentísimo, su título es siervo de los siervos, y en su origen es pescador y portero, y por eso son emblemas de su dignidad unas llaves y unas redes; pero da órdenes a todos los reyes, y no hace mucho que envió ciento un mandamientos a un rey del país de los celtas, que cumplió el tal rey.

—¿Según eso —replicó Amazan—, envió vuestro pescador quinientos o seiscientos mil hombres para obligar a ese rey a cumplir con su voluntad?

—No por cierto, excelentísimo, no es tan rico nuestro amo que pueda mantener diez mil soldados; pero tiene cuatrocientos o quinientos mil divinos profetas repartidos en los demás países; profetas de todos colores, mantenidos, como es justo, a costa de los pueblos, los cuales de parte del cielo anuncian que tiene potestad mi amo para abrir y cerrar con sus llaves todas las cerraduras, y particularmente las de las arcas de dinero. Un clérigo normando, que ejercía el cargo de confidente de los pensamientos íntimos del rey de que os he hablado, le convenció que sin réplica debía obedecer los ciento un pensamientos de mi amo; porque habéis de saber que es una de las prerrogativas del Viejo de las Siete Montañas tener siempre razón, ora sea que se digne hablar, o que se digne escribir.

—Por Dios que es sujeto muy raro —dijo Amazan—; mucho gusto tendría en comer con él.

—Excelentísimo —dijo el morado—, aun cuando fueseis rey no pudierais comer a su mesa; lo más que pudiera hacer por vos sería que os sirviesen una a su lado más chica y más baja que la suya; mas si queréis hablarle le pediré que os dé audiencia, mediante la buona mancia que tendréis la bondad de darme.

—Con mucho gusto —dijo el gangárida.

Y el morado le hizo una reverencia.

—Mañana os introduciré —le dijo—; os arrodillaréis tres veces y besaréis los pies al Viejo de las Siete Montañas.

Al oír esto, a Amazan le vino tal carcajada que estuvo a punto de ahogarse, y se fue cayéndose de risa y llorando a puro reír todo el camino hasta que llegó a su posada, donde todavía se estuvo riendo largo rato.

Mientras estaba comiendo se le presentaron veinte hombres sin barba y veinte violines a darle música. Lo demás del día le obsequiaron los señores principales de la ciudad y le propusieron cosas todavía más extrañas que besar los pies al Viejo de las Siete Montañas. Como era muy cortés, creyó primero que estos caballeros pensaban que era mujer, y con la más circunspecta decencia les dijo que estaban equivocados; pero habiéndole estrechado algo más dos o tres de los más resueltos morados, los arrojó por la ventana, sin creer que fuese mucho sacrificio el que a la bella Formosina hacía; y dejó sin tardanza esta ciudad de los dueños del mundo, donde besaban el dedo del pie de un viejo, como si tuviera la mejilla en el pie, y hacían a los jóvenes propuestas todavía más extrañas.

§ X

De una en otra provincia, siempre desairando a cuantas de amores le requerían, siempre fiel a la princesa de Babilonia, siempre enojado con el rey de Egipto, llegó este dechado de constancia a la nueva capital de las Galias. Esta ciudad, como otras muchas, había sufrido todas las alternativas de barbarie, ignorancia, necedad y miseria. Primero se había llamado Lodazal y Cenagal; luego se había apellidado Isis, porque había adoptado el culto de esta diosa; su primer senado era una compañía de barqueros; largos tiempos había sido esclava de los rapaces héroes de las siete montañas, y pasados algunos siglos, de otros héroes bandidos que, habiendo venido de la otra ribera del Rin, se habían apoderado de su reducido territorio. El

tiempo, que todo lo trueca, la había convertido en una ciudad, la mitad de la cual era muy agradable y hermosa y la otra mitad algo tosca y ridícula: emblema de sus moradores. En su recinto había cuando menos cerca de cien mil personas que no tenían otra cosa que hacer que jugar y divertirse; este pueblo de ociosos fallaba acerca de las artes que cultivaban los otros y no sabían palabra de cuanto sucedía en el sitio real, que no distaba arriba de cuatro millas cortas, no más que si distase más de seiscientas. Su importante y única ocupación eran la amenidad del trato, la alegría y las fruslerías, y los gobernaban como chiquillos a quienes dan juguetes para que no lloren. Si les hablaban de los horrores que dos siglos antes habían assolado su patria y de la época espantable en que por sofismas la mitad de la nación degollaba a la otra, decían que efectivamente había sido muy mal hecho y se echaban a reír y a cantar coplas.

Cuanto más urbanos, amenos y amables eran los ociosos, más triste oposición se notaba entre ellos y ciertas compañías de ocupados. Entre estos ocupados, o que se preciaban de estarlo, había una caterva de fanáticos tétricos, medio tontos y medio pícaros, que con su presencia no más contristaban la tierra y, por granjearse algún crédito, la hubieran trastornado si hubiesen podido; pero la nación de los ociosos, cantando y bailando, los metía en sus cavernas, como fuerzan los pájaros a los búhos a que se escondan en los agujeros de las paredes arruinadas. Otros ocupados, en número más corto, eran los conservadores de antiguos estilos bárbaros, contra los cuales reclamaba en altas voces atemorizada la naturaleza. Estos no consultaban más que sus libros viejos roídos de la polilla, y si en ellos veían una práctica horrorosa y desatinada, la reputaban por ley sacrosanta. De esta villana costumbre de no atreverse a pensar por sí propios, y de abrazar las ideas de las ruinas de los tiempos en que nadie pensaba, provenía que en esta ciudad de placeres reinasen todavía estilos atroces; y por esta razón no había proporción ninguna entre los delitos y las penas, tanto que hacían a veces padecer mil muertes a un inocente por obligarle a confesar un delito que no había cometido. Un atolondramiento de un

muchacho lo castigaban como hubieran castigado un envenenamiento o un parricidio. Los ociosos ponían el grito en el cielo y al otro día no se volvían a acordar de ellos y hablaban de la nueva moda.

Había este pueblo visto correr un siglo entero durante el cual se habían encumbrado las artes a tan alto grado de perfección cual nunca se hubiera podido esperar. Entonces iban los extranjeros, como a Babilonia, para contemplar los grandes monumentos de arquitectura, las maravillas de los jardines, los esfuerzos sublimes de la escultura y la pintura, y oír con embeleso una música que llegaba al alma sin pasmar los oídos.

La verdadera poesía, esto es, la que es natural y armoniosa, la que habla al corazón tanto como al entendimiento, no fue conocida en la nación hasta este venturoso siglo. Géneros de elocuencia nuevos ostentaron nuevas y conocidas hermosuras; los teatros especialmente resonaron con obras maestras a que ningún otro pueblo había llegado, y fielmente se esparció el gusto sano en todas las profesiones, tanto que hasta entre los druidas hubo autores célebres.

Tantos laureles, que hasta las nubes habían descollado, en breve se marchitaron en una tierra exhausta, y solo quedó un corto número cuyas hojas eran de un verdor falleciente y amarillento. La facilidad de componer y la pereza de componer bien, la saciedad de las hermosuras y el gusto de lo extravagante, trajeron la decadencia. La vanidad protegió a ciertos artistas que recordaban los siglos bárbaros y, persiguiendo esta misma vanidad el verdadero talento, le forzó a dejar una patria donde los zánganos perseguían a las abejas. No quedaron casi verdaderas artes ni verdadero ingenio; el mérito se cifró en discurrir a tuertas y a derechas sobre el mérito del siglo anterior: el embadurnador de las paredes de una taberna criticaba científicamente los cuadros de los más célebres pintores; los embadurnadores de papel desfiguraban las composiciones de los más ilustres escritores; la ignorancia y el gusto estragado pagaban a otros embadurnadores, y con títulos distintos las mismas cosas se

repetían en cien volúmenes; todo era diccionarios o folletos. Un gacetero druida escribía dos veces a la semana los oscuros anales de algunos energúmenos desconocidos en la nación, y de los portentos celestiales obrados en unos buhardillones por unos pordioseros o pordioseras; otros ex-druidas vestidos de negro y casi exánimes de hambre y de rabia se quejaban en cien escritos de que no les permitiesen engañar a los humanos y dejasen este derecho a unos machos cabríos vestidos de pardo; algunos archidruidas componían libelos infamatorios.

Nada de esto sabía Amazan, y aun cuando lo hubiera sabido no se hubiera preocupado de ello, porque no tenía más en la cabeza que la princesa de Babilonia, el rey de Egipto y su inviolable juramento de despreciar todas las zalamerías de las damas en cualquier país a donde le condujera su pesar.

Todo el populacho ligero, ignorante y que siempre se entrega con exceso a la curiosidad tan natural al linaje humano, se agolpó largo rato cerca de sus unicornios; las mujeres más juiciosas forzaron las puertas de su posada para contemplar su persona.

Amazan manifestó primero a su huésped algún deseo de ir a los sitios reales; pero unos ociosos de "compañía fina", que estaban por casualidad presentes, le dijeron que ya no era moda, que habían variado mucho los tiempos, y que solo en la capital había diversiones. Aquella misma noche le convidó a cenar una señora cuyo ingenio y habilidad eran conocidos fuera de su patria, y que había recorrido algunos de los países por donde había pasado Amazan. Le gustó mucho esta dama, no menos que la sociedad reunida en su casa; la libertad era decente y sin estrépito la alegría; la ciencia nada tenía de adusto ni el ingenio de afectado. Se convenció entonces de que no es denominación la de "compañía fina" que nada significa, puesto que la usurpan con frecuencia muchos. Al otro día comió en una compañía no menos amable, pero mucho más sensual. Los convidados quedaron muy satisfechos con él, y él muy contento con los convidados. Sintió ablandarse y

disolverse su corazón, como se derriten lentamente los aromas de su país a un fuego moderado, exhalándose en deliciosos perfumes.

Después de comer le llevaron a un espectáculo encantador que condenaban los druidas, porque les quitaba los oyentes que ellos más aprecian. Era este espectáculo un conjunto de versos agradables, de deliciosos cantos, de bailes que expresaban los movimientos del alma y de perspectivas que embelesaban los ojos engañándolos. Esta especie de diversión, que tantas especies reunía, tenía un nombre extranjero: llamábase ópera, que antiguamente significaba en la lengua de las siete montañas trabajo, cuidado, ocupación, industria, empresa, obra, faena, negocio, y le dejó encantado este "negocio". Le embelesó particularmente una muchacha con la melodía de su canto y las gracias con que lo acompañaba: sus nuevos amigos le presentaron después de la ópera a esta "moza de negocio", y él le regaló un puñado de diamantes, a lo que quedó ella tan agradecida que no le quiso dejar en todo lo restante del día. Cenó Amazan con ella, y durante la cena se olvidó de su sobriedad, y después de la cena se olvidó de su juramento de no hacer nunca aprecio de la hermosura y de ser inexorable con las damas enamoradas. ¡Qué ejemplo de la flaqueza humana!

Cabalmente llegaba entonces la hermosa princesa de Babilonia con el fénix, con su camarera Irla y sus doscientos gangáridas, caballeros en otros tantos unicornios. Aguardó largo rato para que le abrieran las puertas de la ciudad, y lo primero que preguntó fue si estaba todavía en ella el más galán, el más valiente, el más discreto y el más fiel de los hombres. Los magistrados conocieron que hablaba de Amazan y la hicieron llevar a su posada. Entra, latiéndole de amor el corazón, embebida toda su alma en el inefable júbilo de volver a ver a su amante dechado de constancia. Nada la pudo contener para que no entrara en su aposento; las cortinas estaban descorridas y vio al bello Amazan durmiendo en brazos de una bonita morena, y ambos con no poca necesidad de descansar.

Dio Formosina un grito de dolor que retumbó en toda la posada, pero que no fue parte para despertar a su primo ni a la cortesana, y

cayó sin sentido en brazos de Irla. Luego que volvió en sí, se salió de este fatal aposento con un pesar mezclado con furia. Irla había averiguado quién era la señorita que tan gustosos ratos pasaba con el lindo Amazan, y le dijeron que era una cortesana muy condescendiente que, sin contar otras muchas habilidades, poseía la de cantar con gracia.

—¡Justo cielo, poderoso Orosmales! —exclamaba llorando la hermosa princesa—, ¡quién es el alevé, y por quién comete alevosía! ¡El que por mi amor a tantas princesas se ha resistido, me abandona por una farsante de las Galias! No, no es posible que viva yo después de tamaño agravio.

—Señora —le dijo Irla—, así son todos los hombres desde un extremo del mundo al otro; aunque estén enamorados de una beldad bajada del cielo, hay ratos en que le serán infieles por cualquier Maritornes de un ventorrillo.

—Esto se acabó —dijo la princesa—, no le quiero ver más en mi vida; vámonos al punto y pongan al coche mis unicornios.

Le suplicó el fénix que aguardara al menos a que despertase Amazan y a que él le hablase.

—No lo merece —dijo la princesa—, y me harías un cruel agravio, porque pensaría que te he rogado yo que le dieras queja de mi parte para reconciliarme con él; si bien me quieres, no añadas este agravio a los agravios que me ha hecho.

El fénix, que debía la vida a la hija del rey de Babilonia, no podía menos que hacer su voluntad. Partió Formosina con su comitiva. Irla le preguntaba:

—¿Adónde vamos, señora?

—No lo sé —respondía la princesa—; seguiremos la primera vereda que topemos; voy contenta si me alejo para siempre de Amazan.

El fénix, más cuerdo que Formosina, porque no estaba enamorado ni celoso, la consolaba en el camino, representándole con mucha

calma que era triste cosa darse ella castigo por culpas ajenas; que tantas y tan seguras prendas de fidelidad le había dado Amazan, que bien se le podía perdonar si había tenido un tropiezo; que era un justo a quien había faltado la gracia de Orosmades, y que sería por eso más constante en el amor y la virtud; que el deseo de expiar su culpa le haría vencerse a sí propio; que otras muchas grandes princesas habían perdonado yerros semejantes y les había salido bien la cuenta. Le refería muchos ejemplos, y tanta era su habilidad de narrar bien que se fue serenando y sosegando el corazón de Formosina. Bien hubiera querido no haberse ido tan presto, ya le parecía que iban sus unicornios muy deprisa, mas no se atrevía a volver atrás; combatida por los contrarios deseos de perdonar y mostrarse enojada, por el amor y la vanidad, dejaba andar sus unicornios y corría mundo como lo había predicho el oráculo de su padre.

Al despertarse Amazan, sabe el arribo y la partida de Formosina y del fénix; sabe la desesperación y el enojo de la princesa, y le dicen que ha hecho juramento de no perdonarle nunca.

—Pues no me queda que hacer otra cosa —exclamó— que seguirla y quitarme la vida a sus plantas.

Acudieron los ociosos de "fino trato", amigos suyos, al rumor de esta aventura y le dijeron que infinitamente más valía quedarse con ellos; que nada se podía comparar con la vida muelle que en el seno de las artes y de serenos y exquisitos deleites disfrutaban; que muchos extranjeros, hasta monarcas, habían preferido este sosiego, tan agradablemente ocupado y tan delicioso, a su trono y su patria; que su carruaje estaba hecho pedazos y un maestro de coches le estaba haciendo uno a la última moda; que ya el mejor sastre tenía cortados para él una docena de vestidos; que las más discretas y más amables damas de la ciudad, en cuyas casas se representaban comedias caseras, tenían aplazado día, cada una el suyo, para festejarle. Entre tanto la cortesana, sentada en su tocador, tomaba chocolate, se reía, cantaba y hacía muecas al lindo Amazan, que advirtió al fin que no tenía más entendimiento que un chorlito.

La ingenuidad, la sinceridad y la buena fe eran prendas tan geniales de este gran príncipe como el valor y la magnanimidad, y así había contado a sus amigos sus desventuras y sus viajes; estos sabían que era primo hermano de la princesa y estaban informados del malhadado beso que al rey de Egipto había dado Formosina.

—Esas marcialidades —le dijeron— se perdonan entre parientes; sin eso se consumiría la vida en rencillas perdurables.

Mas cosa ninguna le pudo sacar de la cabeza el ir en seguimiento de Formosina, puesto que, no estando compuesto su coche, se vio precisado a pasar tres días con los ociosos en fiestas y diversiones. Finalmente, se despidió de ellos con muchos abrazos, recomendándoles que fueran siempre insustanciales y ligeros, pues así eran más amables y felices, y obligándolos a que admitieran algunos de los diamantes más bien montados de su tierra.

—Los germanos —decía— son los viejos de Europa; los pueblos de Albión, los hombres maduros, y los moradores de la Galia, los niños, y a mí me gusta divertirme con ellos.

§ XI

No costó mucho trabajo a sus guías seguir las huellas de la princesa; no se hablaba de otra cosa que de ella y de su grueso pájaro: todos los habitantes estaban aún atónitos y embebecidos. Menos extrañaron y menos júbilo tuvieron los pueblos de Dalmacia y la Marca de Ancona cuando vieron volar una casa por los aires; todavía resonaban las aclamaciones de los moradores de las riberas del Loira, la Dordoña, el Garona y la Gironda.

Cuando llegó Amazan a la falda de los Pirineos, los magistrados y los druidas del país le hicieron bailar contra su voluntad al son del tamboril; pero luego que pasó los Pirineos no vio ni contento ni serenidad. Si de tiempo en tiempo oía algunos cantares, todos eran

en tono triste: los moradores andaban con mucha pausa, con unas cuentas ensartadas y un puñal en el ceñidor, y la nación vestida de negro parecía que estaba de luto. Si preguntaban los criados de Amazan alguna cosa a los caminantes, les respondían estos por señas; y si entraban en un mesón, les decía en dos palabras el huésped que no había nada en casa, y que podían enviar a buscar a algunas leguas de distancia las cosas de que más necesidad tuviesen.

Cuando preguntaban a estos taciturnos si habían visto pasar a la hermosa princesa de Babilonia, respondían con menos concisión:

—Sí que la hemos visto, pero no es tan hermosa; no hay cosa más hermosa que el color trigueño: enseña un pecho de alabastro que da asco verlo, y que es cosa que apenas se conoce en nuestros climas.

Iba caminando Amazan hacia la provincia que baña el Betis. Unos doce mil años hacía que habían descubierto los tirios este país, casi en la misma época que descubrieron la vasta isla Atlántica, que algunos siglos después se tragó el mar. Los tirios cultivaron la Bética, que dejaban sin desmontar los naturales, diciendo que no se querían meter en cuidados y que a los galos, sus vecinos, era a quienes competía el cultivo de las tierras de la Bética. Los tirios se habían traído consigo algunos palestinos, que ya entonces recorrían todos los climas con tal que hubiese dinero que sacar; y estos, prestando al cincuenta por ciento, se habían hecho dueños de casi todas las riquezas del país. Con esto se figuraron los pueblos de la Bética que los palestinos eran brujos; y todos cuantos de magia eran acusados eran quemados vivos sin remisión por una compañía de druidas que llamaban los "pesquisidores" o los *antropócaos*. A estos los vestían primero de un traje de mojiganga, se apoderaban de sus bienes y rezaban con mucha devoción las oraciones mismas de los palestinos mientras los quemaban a fuego lento por el amor de Dios.

Se apeó la princesa de Babilonia en la ciudad que, andando los tiempos, se llamó Sevilla, con ánimo de embarcarse en el Betis para volverse por Tiro a Babilonia con su padre el rey Belo, y olvidarse, si podía, de su infiel amante, o pedir a Belo que se lo diera por marido.

Mandó llamar a su casa a dos palestinos que eran los banqueros de palacio y que le debían aprontar tres naves. Hizo el fénix con ellos el ajuste necesario, y convinieron en el precio que se les había de pagar después de algunas altercaciones.

Era la huéspedea devotísima señora, y no le iba en zaga su marido, que sin eso era familiar, es decir, espía de los *antropócaos*, y fue volando a darles aviso de que había en su casa una bruja y dos palestinos que estaban haciendo un pacto con el diablo en forma de un pajarraco dorado. Los pesquisadores, que averiguaron que tenía esta dama una portentosa cantidad de diamantes, sin más tardanza la calificaron de bruja y aguardaron a que fuese de noche para encerrar a los doscientos jinetes con los unicornios, que estaban durmiendo en vastas caballerizas, porque los pesquisadores son gente muy medrosa.

Después que hubieron bien parapetado las puertas, prendieron a la princesa y a Irla, mas no pudieron prender al fénix, que se escapó volando, presumiendo que en el camino de las Galias a Sevilla se encontraría con Amazan. Efectivamente le halló a la raya de la Bética y le contó el desmán de la princesa. Se quedó mudo Amazan con la rabia y el sentimiento; se arma con una cota de acero embutida en oro, con una lanza de más de tres varas, con dos azagayas y una tajante espada llamada "la fulminante", que de un tajo podía hender árboles, rocas y druidas; cubre su hermosa cabeza con un yelmo ornado con plumas de garza y avestruz, que era el arma antigua de Magog que le había regalado su hermana cuando pasó por Escitia; y la poca comitiva que traía montó con él en sendos unicornios.

Dio Amazan un abrazo a su amado fénix, y solo le dijo estas tristes palabras:

—Yo tengo la culpa; si no hubiera dormido con una cortesana en la ciudad de los ociosos, no estaría la hermosa princesa de Babilonia en el horroroso estado en que se halla: vamos en busca de los antropócaos.

En breve llega a Sevilla: las puertas del recinto donde estaban encerrados los doscientos gangáridas y sus unicornios, sin que les dieran de comer, las guardaban mil quinientos alguaciles, y todo estaba pronto para el sacrificio que iban a hacer de la princesa de Babilonia, su camarera Irla y los dos ricos palestinos.

Ya estaba sentado en su sagrado tribunal el supremo antropócao, con los antropócaos subalternos; una muchedumbre de sevillanos, que traían en sus ceñidores sartas de cuentas, juntaban ambas manos sin hablar palabra, y la hermosa princesa, Irla y los dos palestinos venían con las manos atadas atrás y vestidos de mojiganga. El fénix se metió por una claraboya en la cárcel, y ya los gangáridas empezaban a desquiciar las puertas mientras las rompía por fuera el invicto Amazan. Todos salen armados, todos en sus unicornios, y se pone Amazan a la cabeza. Poco le costó desbaratar alguaciles, familiares y clérigos antropócaos; cada unicornio los pasaba a docenas de parte a parte; la fulminante de Amazan partía en dos a cuantos encontraba; el pueblo, con su capa negra y su gorguera sucia, huía llevando en la mano sus sartas de cuentas benditas y diciendo: "Sea por el amor de Dios". Amazan agarró en su tribunal al supremo pesquisidor y le arrojó a la hoguera que estaba a cuarenta pasos de distancia; tiró luego a ella a todos los pesquisidores subalternos, uno tras otro, y se postró a las plantas de Formosina.

—¡Ah, qué amable sois —le dijo esta—, y cuánto os adoraría si no me hubierais sido infiel con una cortesana!

Mientras hacían las paces Amazan y la princesa, y mientras amontonaban los gangáridas en la hoguera los cuerpos de todos los antropócaos y subía la llama a las nubes, vio desde lejos Amazan un ejército que venía hacia él. Se acercaba un monarca anciano con la corona en la cabeza en un carro tirado de ocho mulas uncidas con sogas, y le seguían otros cien carros, acompañados de sujetos graves de capa negra y gorguera montados en soberbios caballos, y detrás muchos hombres a pie, los cabellos sucios y muy callados. Amazan ordenó en batalla a sus gangáridas y se adelantó lanza en

ristre. Luego que le vio el rey, se quitó la corona, se apeó del carro y, abrazándole de los estribos, le dijo:

—Varón enviado de Dios, vos sois el vengador del linaje humano, el libertador de mi patria y el amparo mío. Esos monstruos sagrados de que habéis purgado la tierra eran mis amos en nombre del Viejo de las Siete Montañas, y yo me veía precisado a aguantar su culpable poder, pues me hubiera abandonado mi pueblo si me hubiese atrevido a moderar siquiera sus abominables atrocidades: desde hoy aliento y reino, y os lo debo a vos.

Besó luego con mucho respeto la mano a Formosina y le suplicó que hiciese el favor de subir a su coche de ocho mulas con Amazan, Irla y el fénix. Los dos palestinos, banqueros del rey, postrados todavía en el suelo, aún no recuperados del susto, se alzaron en fin, y la tropa de unicornios siguió al rey de la Bética a su palacio.

Como requería la dignidad de rey de un pueblo grave que fuesen muy despacio las mulas, tuvieron lugar Amazan y Formosina para contarle sus aventuras. Habló también con el fénix y le besó pasmado mil veces. Se hizo cargo de cuán ignorantes, brutales y bárbaros eran los pueblos de Occidente, que se comían a los animales y no entendían su idioma, y de que solo los gangáridas habían conservado la primitiva naturaleza y dignidad del hombre; y ante todas cosas confesó que los más bárbaros de los mortales eran los pesquisidores *antropócaos* de que acababa de purgar el mundo Amazan, y no paraba de echarle bendiciones y rendirle gracias. Ya la bella Formosina se había olvidado de la aventura de la cortesana, lleno su pecho del esfuerzo del héroe que le había salvado la vida; y Amazan, informado de la inocencia del beso del rey de Egipto y la resurrección del fénix, disfrutaba un contento puro y estaba animado del más violento amor.

Comieron en palacio y la comida no fue buena, porque eran los cocineros de la Bética los peores de Europa. Amazan le aconsejó al rey que hiciese venir algunos de las Galias, y los músicos de su majestad tocaron, mientras comían, la célebre música que, andando los siglos, llamaron después Las folías de España. De sobremesa se

habló de asuntos, y preguntó el rey al hermoso Amazan, a la bella Formosina y al precioso fénix qué pensaban hacer.

—Yo por mí —dijo Amazan—, tengo ánimo de volverme a Babilonia, de cuyo cetro soy heredero presuntivo, y pedir a Belo, mi tío, la mano de mi prima hermana, la sin par Formosina, a menos que quiera ella más vivir conmigo en el país de los gangáridas.

—Mi voluntad —dijo la princesa— es no separarme nunca de mi primo hermano; pero pienso que conviene volverme con el rey, mi padre, máxime que no me había dado licencia más que para ir en romería a Basora, y he recorrido todo el mundo.

—Y la mía —dijo el fénix—, la de seguir a cualquier parte a estos dos generosos y finos amantes.

—Muy acertados vais —dijo el rey de la Bética—; pero no es tan fácil volveros a Babilonia como se os figura; todos los días recibo yo noticias de este país por los navíos tirios y mis banqueros palestinos que mantienen correspondencia con todos los pueblos de la tierra. Todo, desde el Éufrates hasta el Nilo, hierva en armas; el rey de Escitia reclama la herencia de su mujer a la cabeza de trescientos mil guerreros de caballería; el rey de Egipto y el de Indias, al frente de trescientos mil hombres cada uno, talan las riberas del Tigris y el Éufrates en venganza de que se han burlado de ellos; y mientras está el rey de Egipto fuera de su reino, ha entrado en Egipto, asolándolo todo, su enemigo el rey de Etiopía con otros trescientos mil hombres, y el rey de Babilonia no ha juntado más que seiscientos mil para defenderse. Yo os confieso —continuó el rey— que cuando me hablan de los portentosos ejércitos que vomita el Oriente de su seno, y de la asombrosa magnificencia de estas tropas, y los comparo con nuestros mezquinos cuerpos de veinte o treinta mil soldados, que con tanta dificultad vestimos y mantenemos, me dan tentaciones de pensar que ha existido el Oriente muchos siglos antes que el Occidente, y me parece que salimos nosotros anteayer del caos y ayer de la barbarie.

—Señor —dijo Amazan—, a veces los recién llegados se dejan atrás a los primeros que abrieron la carrera. En mi país afirman que el hombre es oriundo de la India, pero yo no lo sé con certeza.

—¿Y vos —dijo el rey de la Bética al fénix—, qué pensáis de esto?

—Señor —respondió el fénix—, soy todavía muy joven para estar instruido en la antigüedad, porque apenas pasa mi edad de veintisiete mil años; pero mi padre, que vivió cinco veces más tiempo, me decía que su padre le había dicho que los países de Oriente siempre habían sido más poblados y más ricos que los otros, y por tradición de sus ascendientes sabía que habían tenido su cuna las generaciones de los animales a orillas del Ganges; yo por mí no soy tan vano que lleve esta opinión, y no me puedo persuadir de que vengan de mi país las zorras de Albión, las marmotas de los Alpes y los lobos de las Galias, como no creo descendan de las palmas y cocos de las Indias los pinos y las encinas de vuestro país.

—¿Pues de dónde venimos? —dijo el rey.

—Yo no lo sé —replicó el fénix—; lo que sí quisiera saber es adónde podrán ir la hermosa princesa de Babilonia y mi caro amigo Amazan.

—Mucho dudo —replicó el rey— que con sus doscientos unicornios puedan pasar por medio de tantos ejércitos de trescientos mil hombres cada uno.

—¿Y por qué no? —dijo Amazan.

El rey de la Bética apreció toda la sublimidad de este "¿y por qué no?", pero creyó que no bastaba lo sublime contra innumerables ejércitos.

—Os aconsejo —dijo— que vayáis a buscar al rey de Etiopía; yo estoy en correspondencia con este príncipe negro por medio de mis palestinos y os daré cartas para él; y siendo enemigo del rey de Egipto, se tendrá muy por dichoso en aumentar sus fuerzas con vuestra alianza. Puedo daros dos mil hombres muy sobrios y valerosos, y podréis alistar otros tantos en los pueblos que habitan o

que más bien brincan a la falda de los Pirineos, y que llaman vascos o vascones; enviadles a uno de vuestros guerreros montado en un unicornio con algunos diamantes, y no habrá vascón que no abandone el palacio, que quiere decir la choza de su padre, por serviros. Son hombres infatigables, atrevidos y graciosos, y quedaréis muy contentos con ellos. Mientras llegan os festejaremos y os pertrecharemos las naves, porque nunca podré mostrarme harto agradecido al beneficio que me habéis hecho.

Amazan disfrutaba de la dicha de haber encontrado a su Formosina y gozar en serena paz de su conversación y de todos los contentos del amor reconciliado, que casi equivalen a los del amor naciente. En breve llegó alegre y ufano un escuadrón de vascones bailando al son del tamboril, y ya estaba pronto el otro escuadrón ufano y serio de béticos. Abrazó estrechamente el anciano rey trigueño a los dos amantes y dispuso que cargaran sus embarcaciones de armas, camas, juegos de ajedrez, vestidos negros, golillas, cebollas, carneros, gallinas, harina y muchas sartas de ajos, y se despidió deseándoles feliz viaje, amor constante y victorias.

Arribó la flota a las riberas donde dicen que muchos siglos después, habiendo dejado Tiro la fenicia Dido, hermana de un tal Pigmalión y esposa de un tal Siqueo, vino a fundar la soberbia ciudad de Cartago, haciendo tiras un cuero de toro, como lo atestiguan los más graves autores de la antigüedad —los cuales nunca cuentan paparruchas— y como lo afirman los profesores que han escrito para los chiquillos; puesto que en Tiro jamás hubo quien se llamara ni Pigmalión, ni Dido, ni Siqueo, que son nombres enteramente griegos, y puesto que en aquel tiempo no había tampoco reyes en Tiro. Entonces no era todavía la altiva Cartago puerto de mar, y solo había en aquellos parajes unos pocos númidas que estaban curando pescado al sol. Costearon la Bizacena y las Sirtes, y las fértiles playas donde se fundaron después Cirene y el gran Quersoneso. Al fin llegaron a la primera boca del sacro río Nilo. Al extremo de esta fecunda tierra albergaba ya el puerto de Canopo los navíos de todas las naciones comerciantes, sin que nadie supiese

si había sido fundado el puerto por el dios Canopo, o si habían los moradores fabricado el dios, ni si había dado la estrella de Canopo su nombre al pueblo o este el suyo a la estrella; sí que sabían que estrella y ciudad ambas eran muy antiguas, que es cuanto del origen de las cosas, sean las que fueren, hay averiguado.

Aquí fue donde el rey de Etiopía, que había talado todo Egipto, vio desembarcar al invicto Amazan con la adorable Formosina; el uno le pareció el dios de las batallas y el otro la diosa de la hermosura. Le presentó Amazan la carta de recomendación del rey de España, y el de Etiopía le dio primero soberbias fiestas, según era práctica indispensable en los tiempos heroicos. Se trató luego de exterminar a los trescientos mil hombres del rey de Egipto, los trescientos mil del emperador de las Indias y los trescientos mil del gran Kan de los Escitas, que tenían sitiada la inmensa, altiva y deliciosa ciudad de Babilonia.

Los dos mil españoles que traía Amazan le dijeron que no necesitaban del rey de Etiopía para socorrer a Babilonia; que sobraba para ello que les hubiese mandado su Rey que fuesen a librarla, y que ellos eran bastantes para la expedición. Los vascones dijeron que de cosas más arduas habían salido, que ellos solos desbaratarían a los egipcios, a los indios y a los escitas, y que no querían ir con los españoles como no se pusieran estos a la retaguardia. Los doscientos gangáridas se echaron a reír de las bravatas de sus aliados y sustentaron que con cien unicornios solos ahuyentarían a todos los reyes de la tierra. La bella Formosina, con su prudencia y sus blandas palabras, los serenó a todos. Amazan presentó al atezado monarca sus gangáridas, sus unicornios, los españoles, los vascones y su bello pájaro.

En breve estuvo todo a punto para marchar por Menfis, Heliópolis, Arsínoe, Petra, Artemita, Sora y Apamea para acometer a los tres reyes y emprender aquella tan memorable guerra, que en comparación de ella todas cuantas guerras ha habido después son como combates de gallos o de codornices.

Todos saben cómo se enamoró el rey de Etiopía de la bella Formosina y cómo se metió con ella en la cama cuando un sueño blando tenía cerrados los párpados de esta hermosa. Cosa es notoria que Amazan, testigo de esta escena, creyó que veía el día acostado con la noche. Nadie ignora que, indignado Amazan de tamaño agravio, desnudó a deshora su fulminante, cercenó la cabeza al negro malandrino y arrojó de Egipto a todos los etíopes. ¿No están referidos estos pormenores en el libro de las crónicas de Egipto? Las cien trompetas de la fama han publicado las victorias que con el auxilio de sus españoles, sus vascones y sus unicornios alcanzó contra los tres reyes. Restituyó a su padre la bella Formosina y libertó toda la comitiva de su amada, que había hecho esclava el rey de Egipto; el gran Kan de los Escitas se juró su vasallo y se confirmó su casamiento con la princesa Doris. El invicto y generoso Amazan fue reconocido heredero del rey de Babilonia y entró triunfante en la ciudad con el fénix, a presencia de cien monarcas feudatarios. Las fiestas de sus bodas fueron más magníficas que cuantas había dado el rey Belo; presentaron en la mesa el buey Apis asado; los reyes de Egipto y de Indias escanciaron el vino a ambos esposos, y quinientos insignes poetas de Babilonia compusieron otros tantos epitalamios.

FIN DE LA PRINCESA DE BABILONIA.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB